



RANH
456

AGINAS DE LORETO

DONATIVO
ESTUARDO NÚÑEZ HAGUE

PAGINAS
DE
LORETO

Edición preparada por la Casa de la Cultura de Loreto, por encargo del Comité de Celebración del Centenario del Departamento.

NOTA PRELIMINAR

"Páginas de Loreto" no pretende ser un libro antológico; ni constituye, asimismo, un nuevo aporte a la escasa bibliografía que sobre la realidad de la Amazonía Peruana se ha publicado en el transcurso de esta primera centuria de vida del Departamento de Loreto. Es solo un manojito de notas periódicas, relatos costumbristas y poemas nativistas, reunidos con el título modesto y sencillo "Páginas de Loreto". Fundamentalmente, el mérito de éste libro estriba en que los textos que contiene proceden de obras que hoy se hallan agotadas y que por lo mismo es muy difícil conseguir las.

Para hacer una selección antológica de cualquier índole es indispensable disponer de cierta cantidad de material que permita una amplia y correcta discriminación de las obras elegidas para el efecto. En Loreto, en la hora actual, es prácticamente imposible preparar antologías con este criterio. La producción bibliográfica y artística, cualitativa y cuantitativamente, es muy limitada. En estas condiciones preparar un libro, como el que presentamos, resulta una obra muy meritoria y laboriosa; por eso es que el "Comité de Coordinación General Pro Centenario de Loreto" expresa, en esta Nota Preliminar, su sincera y cálida felicitación a la "CASA DE LA CULTURA DE LORETO" por haber logrado un brillante trabajo en la difícil tarea que, éste Comité de Coordinación General, le encomendará.

Al poner esta obra al servicio de Loreto tenemos fé en que ha de constituir un hito que ha de jalonar la senda de superación y progreso que las nuevas generaciones impregnarán a la cultura loretoana. Ese es el deseo que nos ha impulsado a editarlo. Esa es nuestra esperanza.

Iquitos, 21 de Setiembre de 1,968

EL COMITE DE COORDINACION GENERAL

—Señor	Josué Rodríguez Ríos	Alcalde Provincial de Maynas
—General	José Benavides Benavides	Comandante General QRM
—Doctor	Fernando Llosa Porrás	Prefecto del Departamento
—Contralm.	José Arce Larco	Cmdte. Gral. de la Va. Zona Naval
—CrI. FAP	Hernán de Souza Peixoto	Cmdte. Gral. Grupo Aéreo No. 42
—Doctor	Hermógenes Colán Secas	Presidente de la Corte Superior De Justicia de Loreto
—Monseñor	Gabino Peral de la Torre	Vicario Apostólico de Iquitos
—Doctora	Gabriela Porto de Power	Directora VI Región de Educación
—Doctor	Emilio Gordillo Angulo	Rector de la UNAP
—CrI. GC	Segundo Urteaga Silva	Jefe VIII Región de Policía
—IG	Luis G. Pezo Viena	Jefe VIII Región PIP
—Señor	Roberto Power García	Presidente Rotary Club
—Ing.	Jorge Reátegui Cárdenas	Presidente Club de Leones
—Doctor	Raúl Smidt Pinedo	Jefe Area de Salud de Loreto
—Ing.	José del Aguila Vera	Presidente de la Beneficencia Pública de Iquitos
—Señor	Antonio D'Onadío Lagrote	Presidente de la Cámara de Comercio e Industrias de Iquitos
—Señor	Ivico Rojas	Encargado de la Casa Departamental de Cultura de Loreto.

INDICE

	Pág.
Nota Preliminar	3
PERIODISMO	7
<i>Genaro E. Herrera</i>	
El Proceso de la Independencia en Maynas	9
<i>Hildebrando Fuentes</i>	
Caballococha	17
Los Huitotas	19
Sangrientos Sucesos en los años 1903 y 1904	23
Islas Principales del Maraón, la Puesta del Sol y Despedida de dos Barcos	27
<i>Ricardo Cavero-Egusquiza</i>	
Aspectos de la Selva	29
FOLKLORE	39
<i>César Lequerica Delgado</i>	
Sachachorro	41
Arregladora	45
Humisha de Carnaval	51
Gabina Pucuri	55
<i>Víctor Morey Peña</i>	
El Motelo	61
El Muertecito.	62
Tres Estampas Loretanás.	66
La Sachería del Ayahuasca	70
<i>P. Ricardo Alvarez O. P.</i>	
El Origen Divino del Pongo de Mainique	75
El Viaje de los Piros al Paraíso	77
La Leyenda del Hoyakali	79
La Venganza de Gimagiro	80
POESIA	
<i>Germán Lequerica Perea</i>	
1 - II - III	83
<i>Daniel Linares Bazán</i>	
1 - 5 - 1 - 3 - 1	85
<i>Victor Raúl Hidalgo Morey</i>	
.	87

PERIODISMO

GENARO ERNESTO HERRERA

Nació en la ciudad de Moyobamba el año 1861. Murió en Lima en 1941, a los 80 años de edad.

Se doctoró en Letras, Jurisprudencia y Ciencias Políticas y Administrativas, en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, en 1884.

Destacó como periodista, historiador y tradicionista.

Apasionado lector de Palma, Jenaro Herrera llegó a identificarse con el estilo del autor de las Tradiciones, en su obra capital "Tradiciones de Loreto".

Escritor prolífico, publicó una abundante bibliografía y numerosos artículos sobre Loreto, mientras ejercía la Magistratura en Iquitos, desde fines del siglo pasado hasta empezar la primera década del presente.

"El Proceso de la Independencia en Maynas", que consta de tres capítulos, apareció en el diario "El Oriente" de la capital loreтана, limitado al primero, que hoy reproducimos, el 26 de julio de 1913. Lo hemos incluido en esta selección, considerando la importancia y el valor que encierra, como documento y como texto de consulta, para el estudio de nuestra historia.

EL PROCESO DE LA INDEPENDENCIA EN MAYNAS

EL PROCESO DE LA INDEPENDENCIA EN MAYNAS

La causa de la emancipación del Perú, si bien tuvo larga gestación, actos preparatorios más o menos previos y acentuados para llevarla a cabo y patriotas abnegados, de dentro y fuera de la República, que travajasen con todo el celo y entusiasmo que inspira siempre una empresa noble para consumarla, no tuvo, en cambio, una fecha única, que fuese simultánea y general en todas las secciones del Continente de Colón, ni en todos los ámbitos del país. En esa campaña dominó, también, la ley de la transición, que es la gran ley de la existencia universal; y entre el primer grito de independencia, que se juró de un modo solemne y público, en la ciudad de Lambayeque el 27 de diciembre de 1820, y el último, que se verificó en la ciudad de Moyobamba, el 19 de Agosto de 1821, hubieron una serie de hechos encaminados al mismo fin, que vale la pena relatarlos, y que, dieron como resultado la independencia del Perú, y con ella, la de toda la América española, grandiosa efeméride que justamente se conmemora el 28 del presente.

Desde luego, conviene observar, que timbre de honor para un pueblo o nación es el de haber nacido el primero o la primera a la vida de la libertad y completa independencia, después de sacrificios mil, de ejercitar actos de abnegación sin límites de parte de sus hijos y de esfuerzos continuos y reiterados de voluntad, dinero y patriotismo de parte de ellos. Y es que, a las cumbres de la gloria o de la autonomía, no se subesino después de reiterados esfuerzos y de una perseverancia a toda prueba. Así, en la hora presente, Colombia acaba de publicar un importante libro para comprobar la primacía de este hecho respecto de las demás secciones hispano-americanas que la rodean, verificado el 20 de julio de 1810, que marca, precisamente, una era gloriosa en la existencia de esa república; el Ecuador deplora amargamente la sustracción que se ha hecho del acta de la jura de su independencia, iniciando al mismo tiempo el juicio respectivo para esclarecer ese escandaloso crimen y castigar a los que hubiesen sido autores de él; y las ciudades de Lambayeque y Trujillo, en el Perú, disputan hasta hoy y con razón, la gloria de esa primacía, no obstante ser ya un hecho perfectamente comprobado, que la primera antecede a la segunda en dos días en esa evolución; habiéndose verificado la independencia de Lambayeque el 27 de diciembre y la de Trujillo el 29 del propio mes del año 1820. Lima, la capital del Virreynato más antiguo y mejor constituido de Sudamérica, entre los tres que entonces hubieron, teniendo a su frente al general argentino José de San Martín, que ingresó a ella el 6 de julio, proclamó su independencia, después de consultar, el 14 de julio de 1821, la opinión dominante respecto de esa evolución, el 28 del propio mes y año, con la solemnidad del caso y las sacramentales palabras que todos conocemos:

“El Perú, es desde este momento, libre e independiente, por la voluntad general de los pueblos y la justicia de su causa que Dios defiende.”

Iniciada así en esta forma, la campaña libertadora y comunicada convenientemente a las diversas circunscripciones del país, fue secundándose, de una manera gradual y progresiva, en proporción a las distancias por los principales pueblos de las tres regiones del norte, centro y sur de la república.

El general San Martín, para conseguir la independencia de Maynas (nombre con el que se conocía entonces a este extremo oriente de la nación y que comprendía lo que son hoy los departamentos de Loreto y San Martín), mandó como primer emisario al insurgente moyobambino Pedro Pascacio Noriega, con 40 soldados que se le proporcionaron en Cajamarca; después al coronel José Nicolás Arriola con un cuerpo de ejército que llegó a Moyobamba, su capital, el 20 de junio de 1821; y por último envió una división libertadora de 680 veteranos, al mando del coronel don Juan Valdivieso; quien celebró, a fin de evitar mayor efusión de sangre de la que ya se había derramado, en el paraje nombrado “Doval”, unas capitulaciones el 14 de Agosto de 1821, entre los que fueron delegados el coronel Egúsqüiza y dos jefes más por parte de los patriotas, y por parte de los realistas, el teniente coronel Isidoro Reátegui y don José Joaquín Ramos, administrador de correos de aquella capital; quienes convinieron en adherirse a la evolución verificada en Lima;

y que, la jura de la independencia, en Moyobamba, se realizase, previa la promulgación de un bando, a fin de darle mayor solemnidad, el día 19 de agosto (domingo).

La ciudad fundada por el Mariscal Alonso de Alvarado con ciento veinte españoles allá por los años de 1537; el centro populoso que tuvo por patrón al apóstol Santiago de España y por últimas autoridades, cuando se juró la independencia en Lima, en el orden político, al coronel Manuel Fernández Alvarez y en el religioso, al obispo Fray Hipólito Sánchez Rangel, quienes prefirieron el abandono de sus cargos antes de ser infidentes a su Dios y a su Rey, Fernando VII, el núcleo social que sirvió de último refugio a los españoles conquistadores y al coronel Carlos Folrá, el célebre ex-jefe del batallón Numancia, cuando Trujillo proclamó su independencia, no podía, no debía, adherirse a la nueva evolución política de un modo inerme, pacífico y tranquilo. Si la tribu de los Mayorunas, los habitantes aborígenes de esta región, siempre se resistieron a la conquista de los Incas, que no la emprendieron tan fácilmente; y que, cuando la realizaron, prefirieron los más abandonar sus hogares y los amenos a valles del río Mayo, para ocultarse libérrimos en el fondo de las selvas del Yavarí, en donde hasta hoy viven, siempre altivos y conservando su independencia, bien se comprende, que sus descendientes no mirarían con buenos ojos esa transformación, que significaba el hacer en un instante tabla raza de sus tradiciones, de su autonomía y libertad.

Habían vivido doscientos ochenticuatro años bajo el dominio español, y casi un período análogo en tiempo bajo la acción evangelizadora de los jesuitas, que extendieron sus dominios por el río Amazonas y todos sus afluentes, en donde habían fundado 87 reducciones o pueblos florecientes; y esto supuesto, sin transición, sin lucha, sin batallas campales no era factible que se plegaran incondicionalmente a la causa de los insurgentes.

• Y era natural que así sucediera, desde que los pueblos que constituyen la provincia de Maynas, habían sido conquistados, poblados y educados por españoles, como lo fueron el mariscal Alonso de Alvarado, ya citado, los generales Diego Vaca de Vega, Pedro de Urzúa, Juan de Salinas Loyola y Martín de la Riva y Herrera; si todos ellos bajo el punto de vista político y religioso habían sido gobernados durante cerca de tres siglos, por españoles tan ilustres, como el coronel Francisco de Requena y Herrera y el obispo Rangel, ya nombrado, que administró su grey durante más de 12 años y quien en el Seminario de Moyobamba, en la Cátedra del Espíritu Santo y en sus pastorales vehementes, excitaba con un celo digno de su nacionalidad y de su lealtad, a sus feligreses a no faltar por ningún motivo ni a su Dios ni a su Rey.

De aquí, que, el entusiasmo popular de Moyobamba por la causa real, fuese indescriptible y tuviese sus cantares que entonaban al son del arpa y la guitarra, siendo los estribillos de dos de ellos, que han llegado hasta nosotros por la tradición, los siguientes:

iViva el Rey y su corona,
muera la patria ladrona!
iPor mi Dios y por mi Rey
la vida con gusto diera;
mi credo es ese y mi ley
en Maynas y en donde quiera!

Por eso es que, también, el generoso San Martín mandó las tres expediciones de que hemos hecho mérito para intentar la tarea del sojuzgamiento de Maynas, el que sólo se llevó a cabo, después de muchas víctimas, y de combates sangrientos. Allí están, para acreditarlo, los fusilamientos de los patriotas moyobambinos Noriega, ya nombrado, y Fernando Sánchez Pareja, el 20 de setiembre de 1824; el sacrificio del insurgente José Gonzales, el Olaya Ioretano, que en 1820, fué fusilado en la plaza de Rioja por no revelar los secretos de la correspondencia epistolar que condujo de Chachapoyas a Moyobamba en menos de tres días; las jornadas de la "Ventana" y del tambo de "Visitador", libradas el 6 y 10 de setiembre de 1824; los combates de la Habana y Moyobamba, entre las fuerzas del coronel Arriola y las de los realistas, que terminó con el incendio de la primera de aquellas poblaciones; la batalla de "Higos-urco", librada el 6 de junio de 1821, entre 600 moyobambinos y las fuerzas del coronel Valdivieso; el fusilamiento del primer gobernador independiente teniente coronel Domingo de Alvaríño, verificado el 20 de setiembre de 1824; y otros hechos menos significativos que hoy omitimos relatar en obsequio de la brevedad.

Y que el espíritu realista estaba hondamente arraigado en los pobladores de esta región lo demuestra el hecho de que, aún después de proclamada la independencia en ella, el domingo 19 de agosto de 1821, cuando los soldados veteranos de Maynas regresaron de las fronteras del Putumayo y Tabatinga, capitaneados por José María Moreno, Eustáquio Babilonia, los sargentos Santiago Cárdenas y Bernardo Quiles,

quienes fusilaron en Balzapuerto al capitán Juan Manuel Mollinedo; y en Moyobamba al gobernador independiente Domingo Alvarino, que ya hemos nombrado; y la segunda se verificó en 1824.

Tal fué el proceso de la independencia en esta región, y ella se juró solemnemente el 19 de agosto de 1821, en la ciudad de Santiago de los ocho valles de Moyobamba; el 26 del mismo mes en la del triunfo de la Santa Cruz de los Motilones de Lamas; el 28 en los pueblos de Tarapoto y Cumbasa, y el 18 de setiembre en el de Nuestra Señora del Carmen de Saposa. En ese entonces los pueblos de Iquitos, Yurimaguas y Contamana, hoy capitales de las provincias del Bajo Amazonas, Alto Amazonas y Ucayali, respectivamente, a causa de no tener la significación política que hoy tienen, no pudieron cumplir con ese deber cívico, como lo hicieron los núcleos poblados que llevamos puntualizados; y los citados más que verdaderos centros cultos, eran pueblos compuestos de indígenas casi completamente y analfabetos en su mayor parte; por lo que ellos y el de Nauta, que no existía a la sazón, no pudieron jurar su independencia.

Para concluir este artículo, restanos decir que fuimos nosotros los que descubrimos esos curiosos documentos en el Archivo de la Sub-Prefectura de la ciudad de Moyobamba, durante el año 1892; habiendo sacado de ellos una copia certificada que conservamos en nuestro poder; y que, en una fiesta análoga a la presente en 1898, tuvimos la suerte de haberlos publicado, in stensu, por primera vez y dádolos a conocer, cuando colocamos la primera piedra del Monumento Loretano; habiendo además mandado copia certificada de dichos documentos al Honorable Concejo Provincial de este Cercado, a efecto de que los leyesen en la efemérides que conmemoramos, después de la Jura de la Independencia de Lima, en vista del indisputable valor regional que ellos tienen y de su significación histórica.

Después, en 1905, el doctor Carlos Larrabure y Correa, en su interesante "Colección de documentos oficiales de Loreto" reprodujo por segunda vez, el tenor de dichas actas, tomándolas del semanario "El Independiente", en donde las habíamos publicado por primera vez.



CABALLOCOCHA

Los límites del distrito de Loreto por el Este son los mismos que los determinados entre las repúblicas del Perú y Brasil, es decir Tabatinga, de donde parte una línea recta que encuentra a la confluencia del Yapurá con el Apapóris y la margen izquierda del río Yavarí hasta su confluencia con el Amazonas. Por el Norte colinda con Colombia. Sus límites con el distrito de Pevas son, por la margen izquierda del Amazonas, el Cajocuma y por la derecha el Mayoruna.

Los principales ríos que comprende este distrito, hasta la boca del Yavarí, y en los que se ha establecido la extracción del jebe, son por la margen izquierda del Amazonas; Yacarite Atacuari, Loretoyacu y Amacayacu; por la derecha: Tigre, afluente del Mayoruna, Morona, Pailayacu, Choroyacu, Aupiaco, el lago de Cushillococha, Yanayacu, Lago de Serra, Callarú, Erené, Camba y el baradero que conduce al Yavarí, que se le conoce con el nombre de Juro. En el Yavarí existen: el Yavarí, Mirí, el Gálvez y las demás quebradas de las cabeceras del Alto Yavarí, a las que se les ha dado impropia mente el nombre de Yaquerana, y digo impropia mente, por cuanto los primeros brasileros, que entraron a explotar esa región le dieron nombre pretendiendo que el Gálvez era el verdadero Yavarí, apropiándose como territorio de toda la región, hasta que el señor Efraín Ruíz, uno de los acaudalados caucheros que explotaban las citadas montañas, encontró los restos de los marcos colocados por las comisiones que fijaron los límites, entre ambas repúblicas. Desde esa época quedó completamente deslindada nuestra propiedad y se nombraron teniente gobernador para el territorio comprendido entre la margen izquierda del Yaquerana y el Bajo Yavarí.

Le cupo la suerte de ser el primer Teniente Gobernador y de defender nuestros derechos, el señor Pedro Ramos.

Cabalcocha es la capital del distrito.

Acerca del origen de las dos únicas poblaciones que ha tenido el distrito, no se sabe nada positivo, salvo una tradición referida por el señor Manuel Pinto Rubens, uno de los más antiguos habitantes del pueblo de Loreto, según la cual el pueblo de Cabalcocha fué fundado por una familia Zeballos, la misma que perteneció a la primera que se estableció en Iquitos. Esta familia emigró del pueblo de Santiago de Borja por las continuas devastaciones que llevaban a cabo en este pueblo los huambisas. Por lo demás, la mayoría de los habitantes naturales del distrito es formada por las tribus indígenas de Mayorunas, Taguas y Ticunas, casi todas civilizadas y que viven en agrupaciones, que sin formar caseríos constituyen unos cordones a orillas de los ríos y lagos del distrito, de chacras en las que solo se cultiva el plátano, la yuca y el maíz en muy pequeña cantidad.

Los demás habitantes del distrito, forman una agrupación de personas de raza blanca civilizada.

El número total de habitantes civilizados del distrito puede calcularse, por término medio en unas 20,000 pertenecientes 5,000 a Cabalcocha.

El clima es inmejorable y sólo en el río Yavarí reinan unas fiebres palúdicas que atacan generalmente a los que descuidan su persona o abusan de las bebidas alcohólicas.

Los terrenos de este distrito pueden dividirse en tres clases: tierra firme, islas y terreno de aluvi6n, todos de la mejor calidad para el cultivo de las plantas apropiadas a cada clase. Así la tierra firme produce de una manera exhuberante, yuca, zapallo, caña de azúcar, cacao, café, frutas de toda clase, entre las que se ve florecer, el coco de Guayaquil y la uva; esta última da tres cosechas al año. Las islas producen, plátano

que una vez sembrado es eterno, maíz, frejol, el árbol del pan, etc.; los terrenos de aluvión, en su mayor parte, producen los árboles de goma, cedros y otras maderas que se emplean en las construcciones; entre las que ocupan la primera línea el oro prieto, madera, negra brillante y más dura que el hierro, la ita-uva, madera propia para las construcciones hidráulicas, pues mientras más humedad haya en los lugares donde se emplea, más tiempo se conserva y el huacapú, madera fuerte y durable que se emplea como pies derechos en las construcciones urbanas; el aguaje, árbol que crece generalmente en los pantanos y que produce un fruto sustancioso y agradable, la sacha-papa y otros por el estilo.

Ninguno de estos terrenos necesita riego ni arado, pues, para sembrar basta hacer un hueco en la tierra e introducir en él la semilla.

Este distrito es cosmopolita en usos y costumbres y completamente independiente en sus actos, liberal y despreocupado en materia religiosa y muy amante de la instrucción.

Es de notar que produce más o menos una renta anual de 1000,000 soles para el Estado y de 16 a 18,000 para la Junta Departamental y que toda ella desaparece sin que el departamento obtenga el menor beneficio.

Por esta razón los habitantes del distrito de Loreto aspiran, y con razón, a que se haga de él con los pueblos vecinos una nueva provincia y que su capital Caballococha sea a la vez el asiento de la Aduanilla, que actualmente funciona en Leticia; idea que es necesario llevar a cabo por ventajas que saltan a la simple vista.

Caballococha es un lugar poblado, con grandes adelantos, de tal manera que es después de Iquitos el lugar más comercial de la provincia del Bajo Amazonas y con recursos propios para la navegación; asiento de las autoridades políticas y de policía y por lo tanto, con medios de vigilancia y, finalmente, centro progresista y equidistante de Iquitos y de los puestos poblados del Yavari.

No han presentado muchos otros pueblos títulos más legítimos, y sin embargo, son actualmente provincias y puertos principales de la República.

LOS HUITOTAS

Conviene ahora dar algunos detalles de ciertas costumbres ordinarias de las principales tribus que forman aquellos salvajes.

Tienen interés, al menos, por lo poco común que es su conocimiento entre las gentes civilizadas.

Entre los Huitotas el principal alimento es el casavamanu, que es una mezcla de sesos e hígados de animales silvestres con buena porción de ají. Esa mezcla, puesta en una olla, hierve constantemente y no se acaba nunca, porque a medida que van consumiéndola le agregan nuevos trozos de sesos, hígados y ají.

Comen tortas de casava, torta de yuca, que es el pan de los huitotas, la cahuana, también de yuca, mezclada con palma real, y usan la coca para soportar las fatigas de las marchas.

Todos los salvajes andan desnudos. Las mujeres, como adorno, se ciñen fuertemente las corvas con unos hilos de fibras trensadas; igual cosa hacen con los tobillos, de tal manera que la pantorrilla engruesa con esos medios artificiales.

Si son madres cargan a sus hijos en todo momento y con ellos hacen toda clase de trabajos. Para cargarlos apoyan en la frente una faja hecha de cáscara de llanchama y en el seno de ella sujetan al niño que va sobre la espalda.

Esta costumbre las hace tomar una posición inclinada hacia adelante, que conservan toda su vida.

El pudor natural las obliga a llevar los pies vueltos hacia adentro y los muslos estrechamente unidos.

Los hombres se ciñen también los brazos y para caminar llevan, al contrario de las mujeres, los pies abiertos haciendo un balanceo acompasado con las caderas; pero cuando tienen que franquear una rama que sirva de puente, cruzan los pies hacia dentro y adquieren una seguridad admirable. Si bajan por un piso arcilloso e inclinado y por consiguiente resbaladizo, usan del mismo método y encurvan además los dedos de los pies hundiéndolos en el suelo.

Estos mismos huitotas se tapan los órganos genitales con una especie de suspensorio llamado moqué.

Los Huitotas Aiménes se cubren el cuerpo con una savia resinosa sobre la cual espolvo-
rean ceniza negra.

Esta repugnante costumbre la mantienen —según dicen— para inspirar asco a los blancos y alejarlos de ellos.

Los Huitotas uranos, los monuyas y todos los del alto Igara se perforan la nariz, las orejas y el labio inferior para colgarse adornos de madera; se cubren los órganos viriles con una faja cuadrada de cáscara de llanchama, que llevan suspendida a la cintura.

Las armas de los huitotas son la cerbatana que llaman obidiaké, con la cual lanzan flechas envenenadas con el curaré, que dan la muerte en menos de un minuto; a los dardos envenenados llaman morucos.

Los lanzan con la mano diestramente y los usan para la caza y para la guerra; las macanas, porras chatas de madera dura y pesada, son armas de guerra.

No usan ni arcos ni flechas y para cazar emplean trampas de toda clase, en cuyas combinaciones son muy ingeniosos.

La más terrible de todas es la zanja que la abren en medio del camino cubriéndola con ramas y hojas. El fondo está sembrado de puntas envenenadas.

Para evitar estas zanjias es preciso ir armado de largas varillas y con ellas sondar los lugares sospechosos antes de avanzar.

Para la pesca usan la red.

En las relaciones de viajes al Igará Paraná he leído estos datos de la mayor importancia:

Los salvajes resisten con coraje la fatiga y privaciones y se resignan a su suerte. Se entregan a la extracción de un sernamby pegajoso y poco elástico.

Su rudimentario modo de explotarlo ha de hacer desaparecer muy en breve de la región de los bosques los árboles de caucho que son su riqueza. Armado de un machete, el indio recorre el monte y a cada árbol encontrado le practica una serie de cortes en el tronco, hasta la altura que alcance. La savia corre al suelo y poco a poco se cuaja al aire libre.

Después de varios días cuando está bien seca, la recoje en canastillas. Este sernamby contiene una cantidad de impurezas, como pedazos de cáscara, hojas secas, tierra y arena. Para eliminarlas se bate el caucho en una corriente de agua, dándole golpes con un martillo de madera.

Al mismo tiempo con el agua en fermentación se vuelve más compacto. Enrollado en forma de gruesas morcillas, su color es blanco ceniciento, pero ennegrece pronto al contacto del aire.

El huitota se inclina poco a ejecutar la extracción del jebe en estradas, por medio de tichelas, como lo hacen los shiringueros. Poco le importa la conservación de los árboles de caucho y más bien desea verlos desaparecer.

Ansioso de recobrar su libertad y su independencia de antes, cree que el blanco, venido a sus dominios en busca de la preciosa planta, se retirará cuando está ya no exista, y con esta idea ayuda a la destrucción del vegetal, que es causa de su esclavitud.

Poco ambicioso e ignorando el valor propio de las cosas, cambia el fruto de su trabajo por algunas cuentas de vidrio, una escopeta vieja o un machete. La ropa de vestir no le hace falta y si a veces pide una camisa o un pantalón, es simplemente por espíritu de imitación, pues no por ello dejan de llevar sus cinturones de cascara por debajo de las ropas.

Los huitotas no usan tatuajes, pero se pintan el cuerpo con dibujos muy originales y a veces complicados. Para esto emplean el jugo del huito para el tinte negro y el achiote para el rojo.

Emplean éstas pinturas para las ceremonias del baile, de las cuales cada tribu celebra dos al año.

Es un espectáculo muy pintoresco el ver hombres y mujeres adornados de coronas de plumas de vivos colores al rededor de la cabeza, de los brazos y de las piernas; el cuello guarnecido de cascabeles de caroso desecado, bailar a paso acompasado, golpeando el suelo con cadencia, con el pie derecho y cantar en coro su himno de fiesta.

Indudablemente son aquellos salvajes muy peligrosos.

Por esto aconséjase no entrar al bosque solo: no separarse nunca cuando se va entre varios y cuando uno duerme velar el otro, siempre armado.

El menor descuido puede ser fatal. El indio aguarda siempre la ocasión de procurarse un enemigo menos y la calma de su fisonomía no es más que una máscara de disimulo e hipocresía, de la cual hay que cuidarse mucho.

Era elocuente el audaz Robuchon cuando describía una escena de canibalismo, que recuerdo aún en sus repugnantes detalles:

"Tan desarrollados son sus instintos antropófagos que se comen entre ellos, de tribu a tribu. Se guarda a la persona escogida para un festín posterior y ella, a pesar de saber su futura suerte, no procura fugarse, considerando como una especie de deferencia el género de suerte que se le espera.

Llegado el día de la ceremonia, lo matan por medio de una flecha envenenada de curare; le separan del tronco la cabeza y los brazos, siendo estas las únicas partes que sirven para el festín.

Del alto del techo en donde esta suspendida, se baja la gran olla de tierra, especialmente reservada para esta ceremonia. Los despojos humanos son introducidos en ella con una buena porción de ajíes colorados.

Este hombre puchero hierve a fuego lento, mientras el mangüare suena sordamente, anunciando a lo lejos del monte la próxima ceremonia.

En seguida, de todas las colinas vecinas, en donde están situadas las casas de las diversas tribus, contestan los mangüarés aceptando la invitación. Después afluyen los huitotas, engalanados con sus más ricos adornos, y se reúnen 500 o 600, formando destemplada algazara con sus gritos discordantes.

Derrepente cesa el mangüaré en sus sonidos: el silencio reina: la olla se retira del fuego y el festín comienza.

Los adultos son los únicos que toman parte en él, sentándose en el suelo al rededor de la olla.

El capitán o cacique toma con los dedos un pedazo de carne humana que se deshace en hebras, y pronuncia una larga oración, a la cual responde la concurrencia afirmativamente con un hen sonoro e imponente.

Y cada individuo repite lo que hizo el cacique chupando la carne y volviendo a ponerla adentro de la olla.

Y esta ceremonia se prolonga por dos o tres horas.

Entonces los comedores de carne humana tragan enormes cantidades de cahuana y se provocan el vómito. Vuelven a chupar la carne y nuevamente vomitan y así continúan hasta el amanecer.

Al recordar esto hay que preguntarse: ¿No es verdad que la humanidad es una y siempre la misma? ¿Acaso las escenas caníbales de los huitotas, no guardan semejanza con los vomitorios de los grandes festines de los antiguos romanos?

El mangüaré comienza a hacerse oír, lentamente al principio, con cadencia viva y tonos intensos después.

El baile principal: es una danza infernal.

El suelo tiembla bajo los rudos golpes de quinientos talones: los cascabeles suenan con ruidos extraños y sombríos.

Bajo la excitación nerviosa producida en los concurrentes por la coca y el tabaco, la fiesta se torna en delirio y agonía; y así dura varios días, hasta que caen los danzantes desfallecidos, callando el mangüaré, mudos quedan los cascabeles, rotas y sucias las plumas brillantes.

Por encima de ese cuadro, queda suspendido sobre el mangüaré el cráneo desnudo de la víctima e igualmente descarnado uno de sus brazos armado de la mano, que ha de servir de batidor para la cahuana. Los dientes pasan a servir de collar sobre la prieta y reluciente garganta de la mujer preferida del cacique.

La escena de canibalismo ha concluido...

Pocas nociones religiosas tienen los huitotas.

Creer en la existencia de un ser supremo llamado Usiñarnu y de uno inferior, genio del mal, Taifeno.

Rinden homenaje también al sol Itoma y a la luna Fuebuy.

Admiten la inmortalidad del alma y la vida futura.

A los muertos los sepultan en el suelo de la misma casa, envueltos en una hamaca nueva y con todos los utensilios que usaran durante su vida.

No tienen ceremonia religiosa para el casamiento.

El pretendiente va a la casa de la mujer que desea: desmonta una cierta extensión de tierra, corta leña para su futuro suegro y da como arras al cacique una pequeña bolsa de tabaco o de coca. Quince días después le es entregada la mujer pedida.

La poligamia no entra en sus costumbres: sólo el capitán o jefe puede tener dos mujeres.

Las enfermedades que sufre esa gente miserable son raras. Las que hacen víctimas son la viruela y la escarlatina. La vejez, que es entre estos salvajes de lo más prematura, es la que apaga sus existencias.

SANGRIENTOS SUCESOS EN LOS AÑOS 1903 Y 1904

El Purús fué teatro de sangrientos sucesos en las fechas siguientes: 27 de setiembre de 1903 y 30 de marzo de 1904.

El cauchero don Virgilio Salazar, testigo presencial de esos luctuosos acontecimientos, me los ha relatado en esta forma:

“Mal entendidos títulos y pretensiones del Brasil a ocupar esas regiones, han ocasionado siempre el reconocimiento (por parte de aquel) de las autoridades peruanas legalmente establecidas; explicándose así la resistencia de los caucheros brasileiros el pago del impuesto sobre la goma elástica que aquellos explotan en esas regiones. El citado impuesto, no alcanza al 10 o/o con que las autoridades brasileiras gravan a todo peruano que trabaja ese producto en terrenos del Brasil.

La oposición a este pago, ha sido una consecuencia natural del desconocimiento de la jurisdicción peruana.

Era Comisario del “Chandles” don Jorge Barreto, quien tenía a sus órdenes al Sub-Teniente don César Cosio y nueve individuos de tropa, que se hallaban en la boca del referido río, o sea en la línea divisoria, provisionalmente designada y aceptada tanto por el Perú, como por el Brasil, cuando el 25 de setiembre del año 1903, rodearon el local de la Comisaría peruana y de la guarnición militar, doscientos brasileiros de fuerzas de línea y caucheros armados, a las órdenes del Coronel Ferreyra Araujo y del paisano Cardoso da Rosa.

Los soldados del ejército, que eran conocidos aún cuando vestían ropa de civil, estaban armados de comblain, mientras que los caucheros paisanos tenían winchester y eran comandados por Cardoso da Rosa. A las 2 p.m. del 27 de setiembre, y después de dos días de sitio, los mencionados jefes superiores destacaron al Capitán Agustín Mereilles Quiróz con una escolta de cincuenta hombres, para que intimara al Comisario señor Barreto, la inmediata rendición de su fuerza y que arriara acto contínuo la bandera peruana, hasta entonces enarbolada en el local de la Comisaría.

Como Barreto se negara a aceptar estas condiciones, el Capitán Mereilles Quiróz regresó al campamento del Coronel Araujo y de Cardoso da Rosa, a fin de darles cuenta de su comisión; resolviendo aquellos avanzar con todas sus fuerzas advirtiendo antes a Barreto, que si hasta las 6 p.m. de ese mismo día

no se rendía a discreción, lo atacaría con seguridades de éxito, sin admitir capitulación alguna una vez adoptada esa determinación.

En este estado, se presentaron al Comisario Barreto, los caucheros peruanos don Augusto Vigil, don Mario Niño, don Federico y Eliseo Yaña, aconsejándole que, en vista de la desproporción numérica de sus fuerzas respecto de las contrarias era necesario acceder a las pretensiones de los brasileros, sin perjuicio de retirarse a dar parte a la autoridad superior, del incalificable atropello que se cometía en un territorio netamente peruano. Barreto, halló razonables estas indicaciones y se comprometió a retirarse de allí, conviniendo entonces el Coronel Araujo y Cardoso da Rosa en que el Comisario peruano bajara en una canoa con cinco soldados aguas abajo y con dirección a Manaos; y que el Sub-Teniente Cosio con los cuatro soldados restantes, surcaran el "Chandles", en completa libertad desde ese momento.

Así sucedió sin dificultades para Barreto, que escoltado por 20 brasileros llegó varios días después a Manaos; pero el Sub-Teniente Cosio y su tropa fueron cobardemente asesinados por los catorce brasileros, que la mandó del Capitán Emiliano (a) Marca-Fogo, los esperaban en el trayecto para sorprenderlos y matarlos, por mandato del Coronel Ferreyra Araujo y de Cardoso da Rosa.

En seguida ordenaron estos jefes que el Capitán Meirelles Quiroz, surcara el río "Chandles" con otros oficiales y 47 brasileros armados, a fin de apresar a los trabajadores peruanos de esos lugares y márgenes del río, cuya orden cumplieron aprehendiendo el día 28 en el puesto "Independencia" a don Eliseo Vasquez (a quien hicieron bajar en canoa a la boca del "Chandles" escoltado por 10 hombres); poco después apresaron a don Virgilio Salazar en su mismo tambo, dejándolo allí, detenido; y el día 29 rodearon el establecimiento "Unión" de don Carlos Sharff, lo tomaron preso y bajaron todos con él al campamento.

El puesto "Unión" fué completamente saqueado, robándose los baules, las alhajas, dinero y mercaderías, entre tanto que Sharff era remitido a Manaos con una escolta de 20 hombres, como igualmente, al Sargento Bermudez, tomado prisionero en circunstancias que ignorando estos acontecimientos se dirigía al "Chandles" en una canoa llevando comunicaciones oficiales y cartas de Iquitos para el Comisario Barreto, todo lo cual cayó en poder de los brasileros. Realizados los hechos expuestos, los caucheros brasileros y fuerzas del Coronel Araujo, se dedicaron a saquear los tambos de Sharff, o sea del personal que trabaja por cuenta de este, robando también a Salazar Hermanos todo el caucho en depósito. Así las cosas los jefes brasileros establecieron una guarnición de 80 hombres en el tambo denominado "Fortaleza" (arriba del "Chandles") donde se atrincheraron tras barricadas, fosos y otras obras de defensa, en provisión de una sorpresa o ataque por ese lado. Al mismo tiempo que se atrincheraban flajelaban a los peones peruanos Amadeo Ruíz (sapino), Elías Flores (Id.), Eleuterio Barbarán (moyobambino), Gregorio Talese (iquiteño) y Eustaquio Ramírez (tarapotino). Fueron testigos de estos castigos -más vergonzosos para quien los emplea que para quien los soporta-, don Alberto García (tarapotino) y don Manuel Díaz (celendino).

Cuando Sharff llegó a Manaos fué puesto en libertad, dirigiéndose en el acto a Iquitos para solicitar del Prefecto Coronel Portillo, la fuerza necesaria para recuperar "Chandles" obteniendo de dicho, funcionario el nombramiento de don Pedro Lopez Saavedra como Comisario (en reemplazo de Barreto) y de dos oficiales que fueron los Tenientes Valdivia y Gyrzo, al mando de 30 hombres de la Guarnición Militar de Loreto, quienes se dirigieron inmediatamente a su destino. Organizada la expedición y aumentando su número con 300 caucheros peruanos que se incorporaron en el tránsito, Lopez Saavedra se estableció en el río "Curanja" (afluente del Purús) y envió al ingeniero Von Hassel a la boca del "Chandles" para prevenir al Coronel Araujo y a Cardoso da Rosa, que si no desalojaban ese lugar, serían sacados de allí por la fuerza. Los brasileros detuvieron a Von Hassel sin dar respuesta alguna a la expresada intimación. En este estado, Lopez Saavedra dispuso que don Federico Lafuente, Florencio Ruíz y Carlos Zeballos, se embarcaran en una canoa con seis bogas, y se dirigieran a la boca del "Chandles", para reiterar a los jefes brasileros la orden de desalojar el lugar, y conocer al mismo tiempo el paradero de Von Hassel.

Mientras estos desempeñaban su comisión, -sin resultado alguno, por haber sido detenidos por los brasileros en su campamento- se produjo un serio desacuerdo entre los caucheros peruanos agregados a la expedición y el jefe de esta, pues aquellos pretendían ser comandados exclusivamente por Sharff, quien también los dirigía en caso de un ataque. Como Lopez Saavedra se negara a admitir esta imposición, la consecuencia inmediata fué una dispersión de los elementos reunidos, quedando solo 67 hombres sujetos a cierta organización y disciplina. Lopez Saavedra se trasladó entonces del "Curanja" al "Santa Rosa", también afluente del Purús, donde fraccionó su fuerza en la forma siguiente: 30 hombres quedaron en la margen derecha y 37

pasaron a la banda opuesta, careciendo de armas la mayor parte de aquellos, y siendo los últimos 10 soldados de la Guarnición Militar y los 27 restantes, caucheros armados de winchester.

El 30 de marzo, 270 brasileros llegaron al río "Santa Rosa" en las lanchas a vapor "Acreana" y "Mercedes", tomadas a don Julio Arana y a don Carlos Sharff, respectivamente; sorprendieron y apresaron a la guarnición de la margen de dicho río en cuyo acto murieron los acaudalados caucheros peruanos Eleodoro Sánchez y Leoncio de Sousa. Atacada igualmente la fuerza peruana de la banda izquierda, se resistió esta tan tenazmente que llegó a rechazar a los brasileros que, dejando 58 muertos, se retiraron en desorden hasta una vuelta del río, aguas abajo. No teniendo ya las fuerzas peruanas, mas que siete tiros por plaza, y en previsión de un nuevo ataque al día siguiente y tal vez con mayores elementos, resolvieron retirarse de allí como en efecto lo hicieron sin dificultad alguna, ni ser molestados por los brasileros. Estos atacaron a las 7 a.m. del 31 el campamento abandonado por las fuerzas peruanas, y aún cuando allí no había quedado ni siquiera un herido, los brasileros hicieron nutrido fuego durante dos horas sobre aquel punto, hasta persuadirse de que tan belicoso procedimiento era innecesario.

Para vengarse de esta derrota y de esta vergüenza los brasileros victimaron a Lafuente, Ruíz, Zeballos y los seis bogas que conservaban prisioneros desde que llegaron a la boca del "Chandles" como parlamento. Estos resueltos y valerosos ciudadanos, fueron victimados cada uno sobre una cruz de madera y después de bañada esta con kerosene, fueron colocadas los cadáveres sobre 2,000 rajas de leña, a las cuales prendieron fuego en su cobarde furor.

La tumba de estas desgraciadas víctimas, fué más tarde debidamente honrada por el capitán de Corbeta, don Pedro Buenaño, Jefe de la Comisión Científica Peruana al Purús.

Tales sucesos originaron el arreglo diplomático del modus vivendi, celebrado entre el Perú y el Brasil, el 12 de julio de 1904, que tocó a mi administración ejecutar y cumplir en los dos ríos Purús y Yuruá, a cuyas jurisdicciones se extendió el citado arreglo.

Y ya que toco este punto no puedo menos que manifestar aquí los esfuerzos que hizo mi administración para enviar convenientemente a su destino, las comisiones peruanas de los dos ríos citados.

Estas comisiones fueron seis: tres para el Purús y tres para el Yuruá: la comisión científica, la aduanera y la de policía, esta última con una escolta de 50 hombres.

El Supremo Gobierno se limitó a expedir dos decretos estableciendo algunas reglas de organización, fijando los sueldos y haciendo los nombramientos de los jefes y empleados superiores.

Pero la ejecución quedó íntegra a la Prefectura; desde pedir la venia, según regla internacional, al Gobierno del Brasil, para que pasase por su territorio la fuerza armada; desde componer los buques que no estaban listos, por sus malas condiciones; desde comprar los instrumentos de trabajo, los víveres para el sustento, los materiales para la construcción de las casas aduaneras, los uniformes de la tropa y marinería, hasta dar todas las instrucciones de detalle que las excepcionales y solemnes circunstancias así lo requerían.

Y todo se hizo con infatigable actividad, con acierto y con notable economía.

Prueba la actividad el hecho de haber estado las comisiones del Perú en Manaos, lugar de la cita, mucho antes que las brasileras.

De muestra el acierto, el resultado honroso, patriótico y espléndido, que el Ministro de Relaciones Exteriores tanto alabó en el seno del Congreso, que han obtenido en sus trabajos las comisiones científicas del Perú, a lo cual contribuyó en grandísima parte, el valor, la resistencia, la abnegación, el patriotismo y la competencia de los jóvenes marinos que las formaron.

Y es prueba de la economía el hecho de que el Perú haya gastado la quinta o sexta parte que el Brasil, en sus seis comisiones, desde su primera organización hasta su resultado final, sin haber perdido en ese viaje tan dilatado, tan difícil y tan peligroso, ni un alfiler, dicho esto casi sin hipérbole.

Es la función ejecutiva más complicada que cumplió la Prefectura encomendada a mi cargo.

Pero en cambio, halaga el brillante resultado.

Según órdenes expedidas por el Ministerio de Hacienda del Brasil, la navegación de los ríos Purús y Yuruá, para las naves peruanas, solo está expedita para los de guerra, empleadas en el servicio de las comisiones mixtas de reconocimiento y policía, debiendo para el efecto obtener el respectivo pase de la capitanía del puerto de Manaos o del Pará, por conducto del consulado peruano.

ISLAS PRINCIPALES DEL MARAÑÓN, LA PUESTA DEL SOL Y DESPEDIDA DE 2 BARCOS

El Alto Marañón es un río lleno de islas, siendo entre ellas las principales: Cedro-isla, Capirona, Estrella, Iñaga, Tiniano, Apaza y Limón.

Este río pueden navegarlo lanchas de cuatro y medio pies de calado.

Navegaba en la lancha de guerra "América" en mi viaje de excursión a Puerto Melendez y Pongo de Manceriche.

Era el primer viaje que esa cañonera efectuaba y tuve la temeridad de hacerme acompañar por mi familia. Iba, como es natural, preocupado ante los peligros de lo desconocido. Mi temor era por los míos, no por mi.

En la cubierta de la nave contemple una puesta del sol, sobre el infinito horizonte de las selvas.

Estaba la "América" anclada en el puerto "Santo Toribio", en cuyos barrancos pastaban unas cuantas vacas.

El sol como un redondo disco de fuego anaranjado, rodeado de una diadema de nubes grosellas, se sepultaba lentamente detrás de la línea verde de la montaña, que parecía achatada, como si la humillase el peso enorme del astro.

Al rededor del sol todos los colores, todos los tintes, todos los tonos se habían esparcido. Sobre un fondo violeta que semejava una llanura en el cielo, venía serpeando una senda ancha de amarillo anaranjado, que más arriba se extendía en un campo de amarillo limón, el cual a su vez se desenvolvía a lo lejos, en un suave amarillo de espiga. Después se asomaba un tono de rojo encendido al lado de una soberbia mancha de amarillo verdoso, para concluir la bóveda celeste con un perla sutil y diafano.

A poco, a la chata montaña la rodeaban velos nebulosos, que de trecho en trecho se rompían a jirones, para dejar descubiertas fajas de arbolados negros verdosos.

En los espejos del río jugaban retratados los colores del cielo y habían en el manchas de violeta oscuro y de violeta claro; amarillos encendidos y amarillos pálidos; manchas verdosas que se mezclaban con otras de blancura brillante o con algunas de ceniciento oscuro; y sobre esas aguas de cambiantes colores, ritmos de luces y tonos, se perfilaba, a lo lejos, una aguda canoa con su popero a orcadadas.

A poco desapareció el sol en su ocaso y se presentó a mi vista otro cuadro más sencillo y conmovedor: el cielo besando con lujuria la linfa del río, la faz del cielo retratándose en el cristal del río y la floresta oscura contemplando celosa ese beso de amor de la amplia naturaleza.

Ya en la noche se despidieron los dos barcos.

Entre las tinieblas avanzó una de las lanchas con la luz verde a estribor y la roja a babor, como si fueran dos enormes ojos que abiertos de par en par escudriñasen las entrañas de la noche.

En lo alto del trinquete iba la luz blanca como suspendida, por invisible hilo, en el espacio.

Pasó aquella lancha al frente de nuestra y pude ver sus abiertos costados, con las hamacas tendidas, las luces de varios farolillos tubulares en los dos pisos de la embarcación, lanzando a las sombras sus alfilerazos brillantes; las aves encerradas en la jaula, que siempre está colocada sobre la última toldilla, acomodándose para el sueño; los perros olfateando la cubierta, el chancho rozando con su hocico los pies de los pasajeros y éstos apoyados de codos sobre las bordas, absortos, silenciosos, como si la despedida del sol hubiese cubierto el bosque de profunda tristeza.

De repente la sirena del barco lanzó al espacio dos piteos cortos y dos largos, señal de la casa a que pertenecía; se sacudió la embarcación en mil trepidaciones y comenzó a deslizarse sobre las inquietas aguas, dejando oír las sonoras palpitations de su maquinaria.

—Hasta la vista Purificación— dijo una voz en medio del silencio de la noche.

—¿Cuándo regresas del Pongo?

—Dentro de quince días; y tú ¿Cuándo partes al Sepahua?

—Muy en breve. No déjes de enviarme el caucho.

—Y tú mándame las letras endosadas.

—Adios, Panduro.

—Hasta la vuelta, Reátegui.

Y las naves se alejaron, y las voces se perdieron entre las apretadas ramas del bosque.

RICARDO CAVERO-EGUSQUIZA S.

Escritor, político y por segunda vez legislador, destaca en cada una de estas actividades, a las que ha dedicado gran parte de su inquieta y agitada existencia.

Vió la luz en la ciudad de Moyobamba, cuna de próceres y héroes, cuando las tierras altas de la selva peruana, todavía estaban comprendidas dentro de la jurisdicción del departamento de Loreto.

Pocos han interpretado con certeza —como Ricardo Caveró—Egúsqüiza— la realidad lore-tana y la del departamento de San Martín.

Autor fecundo, ha escrito varios libros y numerosos artículos periodísticos, teniendo siempre como tema nuestra Amazonía. Pero, tal como sucede con otras publicaciones, similares, la interesante bibliografía de Ricardo Caveró—Egúsqüiza, también está agotada.

“Aspectos de la Selva”, es la versión textual de la conferencia que el autor sustentara en el salón de actos del diario “El Mercurio” de Santiago de Chile’ el año 1935, invitado por la Sociedad Chilena de Historia y Geografía.

Este documento contiene un informe sobre la región amazónica, que es menester di-vulgar para un conocimiento más integral del territorio nacional.

ASPECTOS DE LA SELVA

ASPECTOS DE LA SELVA

El territorio del Perú forma una especie de tríptico, representado por tres zonas: La Costa, o sea la parte comprendida entre las estribaciones de la vertiente andina occidental y el Pacífico; la Sierra, que comprende el tronco del cono de los Andes; y la Montaña que abarca las faldas de la vertiente oriental andina y las grandes llanuras selváticas de la región amazónica.

Voy a distraer vuestra amable atención, ocupándome de esta última, es decir, de la Hoya Amazónica, que es la región más extensa, mas bella, y, sin lugar a dudas, la de más provechosa importancia económica del Perú. Es la rica región de los bosques a la que se ha dado en designarla con el nombre de "La Montaña", debido a una lamentable confusión de términos.

Cuatro departamentos tienen asiento en ella: Loreto, San Martín, Madre de Dios y Huanuco.

Esta región constituye dos tercios del territorio peruano y según opinión emitida por autoridades científicas que la han estudiado, un departamento, sólo el de Loreto, con sus 422,903 kilómetros cuadrados es tan extenso como la Francia íntegra.

Sin embargo, es la menos poblada, pues tiene 0.23 habitantes por kilómetro cuadrado y es la menos aprovechada, no obstante su riqueza.

La formidable fortuna que guarda en sus entrañas maravillosas es incalculable. Es un emporio de riquezas y de porvenir que elevará a la República de los Incas a uno de los primeros puestos que ocupan las naciones opulentas. Este territorio constituye el verdadero Perú. Humboldt, el gran sabio alemán, pronosticó que en el futuro, la región amazónica se convertirá en la despensa de Europa. Por sus riquezas, es más importante que las islas guaneras, las zonas mineras, etc., pero no necesita para ser disfrutada de la obra y de la industria de sus pobladores.

Allí todo está por hacer. No se necesita sino capital, voluntad y decisión. Tan sorprendente es la fecundidad de su suelo que ha llamado la atención de los verdaderos estudiosos. La tierra es tan fértil, tan fecunda, que no precisa abonarla, dada la gran cantidad de humus que contiene. El régimen de las lluvias es seguro y regular hasta el extremo de hacer innecesario el riego artificial. No tiene sino que echarse la semilla. Los cultivos son muy variados: caña de azúcar, café, cacao, maíz, habichuelas, arroz, algodón, plátanos, camotes, tomates, toda clase de hortalizas, paltas, uvas, naranjas y gran variedad de frutas en forma admirable.

De su feracidad se tendrá idea si se considera que una hectarea de terreno sembrada de maíz da treinta mil mazorcas, una de arroz, más de dos toneladas, y que estas cosechas se recogen a los tres meses de sembradas. Las hortalizas se dan todo el año. El algodón dá dos cosechas al año. Una hectárea de café en producción, demanda un gasto total, de 500 soles, pero la primera cosecha solamente, produce una unidad de mil soles y la planta dura treinta años., Es, en fin, una región bendita donde se obtiene en forma inmejorable todo lo que puede producir los tres reinos de la naturaleza.

Sin embargo, la región de la montaña permanece todavía ignorada no solamente en el extranjero, sino entre una gran cantidad de peruanos.

Son pocas las personas que saben algo de ella. Para el resto, es la región de los monos, de los tigres, de los salvajes, como decía Humberto del Aguila en el prólogo de nuestro libro, "Monografía del Departamento de San Martín".

Pero no saben que Iquitos, la capital del Departamento de Loreto, es la tercera ciudad del Perú, que toda esa región está llena de hermosas poblaciones, habitadas por hombres sencillos, de orden de trabajo, de progreso; que cuenta con valles maravillosos por su belleza y fecundidad y que en cada vuelta de sus ríos, en cada isla, en cada colina, hay un grupo avanzado de la civilización que trabaja

— ¡ Oh Milagro ! — sin tener nada que hacer con la política ni con el presupuesto nacional.

“Ha contribuído a este desconocimiento, más que todo, las fábulas creadas por las fantasías de los que allá fueron. Por un Raimondi, lleno de ciencia y de amor a ese suelo, han ido mil Rogers Casement. Y al lado de un Pedro Portillo, que visitó fronteras, que hizo determinar el curso de los ríos y que trabajó por la grandeza del Oriente, fueron cien tontos que por haber cruzado un pequeño río, no de la propia selva, sino de la ceja solamente en una lancha de vapor, regresaron con cien mil historias de peligros y aventuras”. (1) Algo más, la torcida idea que se tiene de la selva peruana se debe, también, en mucho, a que ella sirvió de material para que algunos novelistas nacionales y extranjeros la exploten presentándola bajo aspectos trágicos, horribles, inverosímiles, con alimañas, luchas de fieras, de salvajes, etc., con el fin de dar interés a sus trabajos literarios que circulan por el mundo.

Por fortuna, han surgido ya algunos intelectuales hijos de esa región que a todo trance tratan de desvirtuar el falso concepto que de ella se ha formado. Los distintos pasajes reales que describo sobre la vida de la Montaña, dentro de los límites de esta disertación, constituyen también una refutación, un mentís categórico a la fantasía de lo dramático, de lo sombrío, de lo infernal con que siempre se le ha querido presentar.

Es cierto que la selva peruana, tan grande como es, tiene que ofrecer como toda selva, algún peligro, pero esto en sus inmensidades interiores, en las partes espesas, en las partes vírgenes, impenetradas, ignoradas absolutamente hasta hoy por el hombre.

Allí, en esa compacta y desconocida selva, es donde pulula una gran cantidad de animales, feroces y no feroces, que forman la inmensa variedad de su fauna, de esa fauna que está en relación directa con la flora, con aquella flora boscosa, rica, bella y majestuosa que constituye también la morada de gran cantidad de tribus de indios cuyo número es imposible siquiera calcular, los cuales significan el ejemplo vivo de lo que fué gran parte de la América del descubrimiento. En cambio, hay incontables ciudades, pueblos, caseríos y aldeas que componen parte de los departamentos situados en la región de la montaña. A ellos no llegan los peligros indicados. Todo lo contrario, no molesta ni un insecto ni bicho alguno. Muy contados y muy conocidos son los sectores que ofrecen insalubridad y zancudos o mosquitos. En la mayoría puede pasarse la noche, en los caminos, en las calles, en las chacras y nada ni nadie lo molesta a uno. En ellos se vive pues una vida feliz, una vida patriarcal. Nadie es pobre. Todos tienen todo, todo a la mano, sin ser ricos. Es la tierra de promisión, es la tierra donde se vive la gloria como dijo Raimondi, el famoso sabio italiano. Que esto es cierto, lo demuestra el hecho de que cuanto elemento acostumbrado a vivir en las grandes urbes, en medio del tráfigo de la civilización moderna, que han ido a los pueblos de la montaña, ya por razones de la administración pública, ya en vía de turismo o en busca de trabajo, se ha quedado a vivir en ellos a vivir su vida sana, apacible y fácil.

Si bien muchos de esos pueblos no han alcanzado aún progreso alguno; si bien muchos de esos pueblos carecen de los elementos con que cuenta toda ciudad que está a tono con las ventajas que ofrecen los grandes inventos del hombre, la ciencia moderna etc.; si bien en muchos de esos pueblos, donde reina la honradez más sorprendente, transitan todavía en las calles, como los propios humanos, manadas de ganado cabrío, lanar, caballar, etc., sin peligro por cierto para sus dueños, y lo que desde luego significa una nota de atraso, existe, en cambio, una gran ciudad, la capital de Loreto, denominada Iquitos, que enclavada en esta selva extensa, imponente y majestuosa, yérguese ufana, cual reina de un poderoso imperio, ostentando una belleza única con un sinnúmero de edificios construídos al estilo europeo y con todos los medios y ventajas con que cuenta la civilización actual.

Principal puerto del Oriente en la margen izquierda del Mazonas, principal puerto aéreo del Perú, principal puerto de comercio, de industria, etc., en Iquitos se encuentran todos los viajeros, comerciantes y turistas, nacionales y extranjeros, presentando el aspecto de una ciudad cosmopolita de gran movimiento social, comercial y cultural, caracterizándose sus moradores por su sicología franca, amable y acogedora, como son todos los moradores de las numerosas poblaciones de la montaña.

Ya dije, aunque ligeramente, que la región amazónica tiene un clima especial, generalmente sano. Es templado y su posición geográfica es relativamente baja, ya que su altura sobre el nivel del mar no pasa de trescientos metros. También dije ya que todas las semanas del año llueve, con intermitencias favorables. La temperatura sufre poquísimas variaciones y oscila entre los 28 y 29 grados de calor. En determinadas

(1) — Conceptos de Humberto del Aguila consignados en el prólogo de “Monografía del Departamento de San Martín” de Ricardo Cavero-Egúsqiza.

épocas, en junio, por ejemplo, se desencadenan grandes tempestades con enormes rayos y truenos, y en setiembre se observa con mucha frecuencia vientos huracanados que llegan a adquirir grandes proporciones.

No obstante estos fenómenos y transiciones atmosféricas, pocas son las epidemias que se presentan y pocas, muy pocas son las enfermedades endémicas que existen y las cuales son combatidas, con admirable acierto, con remedios preparados de yerbas, de cuyas virtudes me ocuparé más adelante. Cada dolencia es combatida casi siempre eficazmente, usando de las medicinas menos esperadas y más raras. En la generalidad se sujetan, según los casos de enfermedad, a rigurosas dietas, masajes, etc.

Esta región que la estoy describiendo en forma sencilla, esta región apacible pero imponente, esta región de los valles florecientes, de las laderas montañosas tapizadas de vegetación tropical, de las selvas espesas donde comban las hojas enormes como parasoles, de plantas cuya vida es imposible sin calor, sin agua y sin luz, está bañada por numerosos ríos que serpentean caprichosamente para cruzar ciudades grandes y caseríos insignificantes.

La mayoría de esos ríos tienen su nacimiento en las vertientes orientales de los Andes, que constituyen la nutrida y vasta región hidrográfica peruana, a la que se denomina "del Amazonas", por llevar este nombre el río principal que arrastra a todos los otros para desembocar con sus fecundantes aguas en el Atlántico.

El nombre del Amazonas se debe a su descubridor don Francisco de Oréllana, quien, bautizole así por haber visto en las orillas del río a unas hermosas e intrépidas mujeres, verdaderas Amazonas, "mujeres guerreras".

De imponente correr, es también río Mar, por su grandeza, por su orgullo y por su soberanía, que inspiró un día al poeta para decir:

"Hay un río, monarca de los ríos,
único e inmenso de beldad sin par.
Humilde nace entre picachos fríos,
soberbio muere, rechazando al mar".

Como bien se sabe, el Amazonas es el río más largo y más caudaloso del mundo, y tiene 4,400 kilómetros de largo, de los cuales 680 pertenecen al territorio peruano.

El padre Cristobal de Acuña, que tomó parte en la expedición al Amazonas organizada por la Audiencia de Lima en 1639, hizo una descripción de los productos de la montaña con estas significativas palabras: "En este gran río Amazonas, hay cuatro clases de vegetación, cada una de las cuales sería suficiente para enriquecer no uno sino varios reinos. La primera de estas consiste en diferentes maderas, entre las cuales no sólo hay raras, como la mejor caoba. Atención preferente debería dedicarse en mi opinión, al cultivo del azúcar, el más aprovechable y seguro de todos". En este sentido continúa el expedicionario español describiendo la grandeza y el porvenir del Amazonas.

Como se vé, el Amazonas y las regiones por él bañadas se señalan por los hombres de clara visión sobre el porvenir de América como futuro asiento de grandes focos de vida.

Este río lleva al puerto de Iquitos numerosas naves peruanas y extranjeras de gran calado, mediante las cuáles se realiza un intenso intercambio comercial.

Los principales afluentes del Amazonas en la zona peruana, son: el río Marañón que recorre una gran extensión del territorio entre escarpadas y elevadas cordilleras; el Huallaga, el Ucayali, el Pachitea, el Perené, el Urubamba, el Napo y un sinnúmero de ríos de igual importancia como el Putumayo y el Yavarí que constituyen el límite con Colombia y Brasil, respectivamente.

Mediante estos ríos se lleva a cabo el intercambio comercial en la región de la selva; mediante ellos se desarrolla un incipiente régimen agrícola que ayuda por lo menos a vivir a sus moradores; esos ríos rompen el egoísmo en que se desenvuelven los pueblos, haciendo más fuertes sus vínculos de unión, y, finalmente, por medio de ellos se llega al Amazonas que pone a la Montaña en contacto con las civilizaciones del Brasil y de toda Europa.

Pero, también, en las orillas de estos ríos, allá, en las partes impenetrables de la selva por los hombres blancos, habitan, como dije, miles de indios, descompuestos en numerosas tribus denominadas campas, cashibos, chunchos, conibos shipibos, huitotos, piros, amueshas, cocamas, etc. Son tantas estas tribus salvajes que viven en las montañas de la Hoya Amazónica, que, a pesar de las diversas leyes dictadas por los poderes públicos en pro de la reducción de los salvajes y de la intensa labor de catequización que llevan

a efecto los misioneros nacionales y extranjeros desde la época de las campañas emancipadoras, no ha podido obtenerse hasta hoy resultado satisfactorio completo, debiendo hacer hincapié al respecto, de la preferente preocupación que hubo siempre por la reducción de la tribu de los campos, en cuyas expediciones catequísticas perdieron la vida muchos y muy valiosos misioneros desde la época en que se sublevaron al mando de Juan Santos Atahualpa. (Se trata de un indio sacado por los misioneros citados de entre su tribu y que fué enviado a España donde permaneció muchos años. Civilizado regresó al Perú y se incorporó a su tribu y fué el cabecilla de varios ataques de indios contra la civilización).

Pero esta noble labor de reducción, fatalmente fué dificultada en épocas pasadas por aquellos que realizaban el comercio de cautivos indios, para cuyo efecto cuadrillas de blancos y mestizos provistos de armas de fuego invadían las posesiones indígenas, apoderándose de indefensos menores y criaturas, para venderlos luego a precios convencionales o criarlos para su servicio, hasta que se dictaron leyes severas tendientes a reprimir semejante acto de barbarie.

Como consecuencia de éste abuso incalificable, cometido con más frecuencia en los campos, por tener sus posesiones más cercanas a los centros de tráfico, surgió en ellos la natural desconfianza que tienen ahora de la gente blanca, manifestándose en su mayoría hostiles a la civilización.

No por eso y aunque parezca paradójico, han dejado de tener contacto con ella, mediante algunos campos domesticados que tienen en su seno, con propósitos comerciales. Su intercambio consiste, más que todo, en la venta de maderas, cereales y otros productos y en la adquisición de armas de fuego, útiles de labranza y minucias como espejos, pañuelos de color, pulseras, collares, etc., que atraen la atención de los indios.

En tesis general el campo es, pues, elemento que salvando las dificultades anteriormente anotadas podría ser incorporado a la civilización con más facilidad que el indígena de otras tribus que son más reacias aún.

Es la tribu más numerosa de la selva. Son muy trabajadores. Se alimentan de la caza y la pesca. Preparan sus bebidas especiales a base de productos que ellos cultivan. Mastican tabaco y cocoa y se embriagan frecuentemente al realizar festividades, generalmente matrimoniales, en armonía con sus ritmos y costumbres. Como vestimenta llevan una camisa que denominan "cushma" tejida de hilo vegetal o hecha de la corteza de ciertos árboles. Tienen su dialécto propio, aún cuando varía mucho entre unas y otras tribus. Sus mujeres, que se dedican a la siembra de cereales, ostentan facciones finas a semejanza de la rancia nobleza incaica.

Finalmente, los campos se han distinguido siempre por su fama de guerreros, pues constantemente libran batallas con tribus extrañas que los provocan.

Aparte de estas tribus, existen en ciertas regiones del Oriente Peruano, en el departamento de San Martín, por ejemplo, otra clase de indígenas que viven en barrios especiales de las poblaciones que habitan la gente blanca y mestiza. Es decir, es el descendiente del antiguo salvaje incorporado a la civilización o del peón cauchero expoliado en los tiempos en que dicho artículo merecía un cuantioso aprecio comercial. Es el producto del cruce de los colonos y de los inmigrantes que ávidos de riquezas se internaban en las florestas amazónicas con los naturales de la región. En síntesis, no es el verdadero indígena, sino el elemento netamente mestizo que se halla incorporado a la civilización. ¿A qué se dedican? Es triste y cruel su tarea. Pesa sobre él la dura labor del carguío de toda clase de productos y mercancías, cuyos cargamentos transportan de un punto a otro, llevando a costas de cuatro a cinco arrobas de peso. Es una especie de bestia de carga, quién sufre la dura desigualdad que le impone la falta de vías de comunicación.

El idioma que usan estos indios tiene una modalidad especial. Hablan el castellano adulterado con un apreciable porcentaje de palabras quechuas, formando así un dialecto propio.

No usan vestimentas típicas, sino al contrario llevan prendas de dril, pantalón largo y camisa abierta. La simplicidad de su vestimenta está acorde con la benignidad del clima. Su contextura es recia y generalmente de alta estatura, presentando una musculatura férrea, a merced de la dura labor a que está dedicado.

Por lo general es rebelde y parece que sus largos recorridos le saturan un anhelo de liberación. A pesar de ello, su labor de carguero parece que influye decididamente en su inercia espiritual. Posiblemente, cuando la política vial una los diversos puntos del territorio, el indígena carguero ya no significará un escarnio humano y sus energías, hoy derrochadas en los caminos, serán poderosas fuerzas vitales que influirán en el despertar de aquella raza dominada y expoliada hasta nuestros días.

La idiosincracia de este tipo de indio de la región de San Martín, denota resurgimiento racial. Tienen sus comidas y bebidas especiales. Su música y diversiones son propias. Celebran fiestas originalísimas. Durante éstas se llevan a cabo muchos matrimonios.

A propósito, la forma curiosa como inician sus amores éstos indios, constituyendo un compromiso irrevocable entre los novios y sus respectivos padres, es la siguiente: el joven encuentra a su paso, en la calle o en cualquier fiesta a una muchacha a quién conocía desde antes, como puede verla por primera vez. Si es de su agrado y pretende casarse con esta, procura, a todo trance, y valiéndose de cualquier medio, depositar dentro del seno de la india una moneda, un pañuelo de seda, un collar o cualquier otro objeto, sin hablarle previamente ni una sola palabra. La muchacha, como es natural huye tratando de evadir el compromiso, pero el joven la persigue, desarrollándose al alcanzarla una lucha o mejor dicho, un forcejeo de manos, hasta que logra dejar el objeto en referencia. Después de esta operación, ambos se dirigen inmediatamente a dar aviso a sus padres, quienes no pueden de ninguna manera, según la costumbre tradicional, oponerse al matrimonio al cual la muchacha indudablemente ha accedido, desde el momento en que guarda en su poder el regalo forzado de su pretendiente; y en caso de que no fuera así sus padres la obligan a convenir con la situación. Al siguiente día, el joven, acompañado de sus padres, va a la casa de la novia para ponerse de acuerdo; y antes de que se realice la ceremonia matrimonial, el pretendiente tiene que sujetarse a la siguiente prueba, requisito indispensable sin llenar el cual no puede llevarse a cabo su deseo conyugal. El padre de la novia designa un día para conducir la carga de un comerciante por lo menos en la distancia de 25 a 30 leguas o sea 4 o 5 días de caminata áspera y quebrada. La carga debe pesar 50 kilos. El futuro suegro en el viaje va estudiando la sicología y la resistencia del novio de su hija, y el hecho de llegar sin novedad con la carga al sitio destinado, el hace digno de sus pretenciones y significa, a la vez, que puede sostener tranquilamente a su esposa. El único caso en que puede quedar nulo este compromiso es cuando el pretendiente demuestre incapacidad para llevar a cabo esta pesada faena, a la cual, los indios, como he dicho, dedican más sus energías, porque están acostumbrados y les produce buena utilidad.

Debemos advertir, además, que desde el instante en que se ha producido el compromiso, la novia lleva una señal en el vestido para evitar equivocaciones con la repetición de una escena de igual género, por otro individuo que también quiera casarse con la misma india.

Estos matrimonios los celebran con grandes comilonas y bailes y son generalmente apadrinados por la gente blanca, quienes tienen la obligación de aconsejarlos poco después del matrimonio. Estos indios suelen casarse muy jóvenes, entre los 15 y los 18 años, después de haber observado una vida de absoluta honestidad y retraimiento, bajo el regazo paternal, donde sólo reciben ejemplos de alta moralidad y veneración hacia sus progenitores.

Merece especial referencia la inviolable moralidad que existe entre los indios a que me refiero. Para dar una idea exacta del gran concepto que tienen de ella, basta decir que si alguna vez, seducida la india por un mestizo (nunca entre ellos mismos) comete el delito del adulterio, todos los maridos del barrio a que pertenece la deliciente se comunican y al siguiente día, como movidos por un resorte, castigan severamente a sus respectivas mujeres inculpables como medida de escarmiento entre ellas para el futuro.

Ahora, entro a ocuparme brevemente de la flora. Como dije anteriormente ésta es variadísima y muy particular en esa región por lo mismo que es selva. Se puede encontrar en ella productos de las tres zonas de vegetación. Desde las especies características de la zona montañosa, hasta las plantas de las estepas estériles de la serranía como consecuencia de su superficie irregular, a la que hay que agregar, la humedad, la intensidad de los vientos, los agentes plutónicos, el nivel, etc.

En los bosques hay infinidad de árboles que sirven de maderamen para construcciones, como el cedro, la caoba, el pino, la capirona, la chonta, la espintana y tantos otros conocidos con nombres propios de la región.

Para demostrar la abundancia de maderas, basta decir que gran parte de las casas de las poblaciones del Oriente, están construídas con las maderas antedichas. Y las vigas son precisamente del corazón mismo de dichos árboles que es como el fierro y cuyas cortezas son desgajadas con la acción de la humedad, de la tierra y del tiempo.

No me olvidaré de la goma o caucho, de la balata y de otras plantas gumíferas que existen abundantemente y que constituyeron en épocas pasadas las principales industrias de esa región y que hoy ya no se explotan por la depreciación que han sufrido en el Perú, como consecuencia de haber alcanzado gran auge las mismas en la India, donde se cultivan científicamente.

También es necesario hacer referencia a la vainilla y al cube que son dos productos que da en gran cantidad la montaña y que en los actuales momentos representan un importante renglón del comercio mundial.

Podría enumerar toda la variedad de árboles de la montaña, de plantas que sirven de alimento, de árboles frutales, de plantas medicinales y de muchas de las cuales se cuentan curaciones milagrosísimas; pero estoy seguro que cansaría la atención del distinguido público que tan gentilmente me escucha.

Lo mismo digo en cuanto se relaciona con la fauna selvática. Con la descripción detallada de estos dos aspectos, es decir, la flora y la fauna de la selva, pueden prepararse muchos voluminosos libros. Pero dentro de los límites que me permite esta conferencia, expresaré que la fauna de la montaña es abundante y variadísima en especies animales. Para ello, claro es, influyen notablemente diferencias topográficas, geológicas y climatéricas.

Se han hecho estudios especiales tanto sobre las especies domésticas de las regiones pobladas, cuanto sobre animales silvestres, con clasificaciones científicas. Los animales de caza son incontables. De todos los animales que se pueden saber y muchos quizás desconocidos, los hay en esta región. Parásitos, insectos, monos de distintas clases, reptiles, lindas mariposas, abundan. Aves, las hay variadísimas de preciosos plumajes pintados y de trinos distintos que, dentro de la gravedad de la selva enmarañada y oscura, ofrecen al espíritu una nota de color y alegría.

Peces. ¡Qué les diré de los peces! Los hay tantos y tan variados que una gran parte de ellos escapa a toda clasificación. Los ríos están repletos de peces. Existen chicos y grandes, muy grandes.

Entre los numerosos peces que existen en los ríos de la selva, ninguno tiene las proporciones ni tanta importancia como el que se conoce con el nombre de Paiche en dicha región, Pirarrucú en el Brasil y según la clasificación científica de Raimondi, Vastres, Gigas *cuv et Val*.

Teniendo en cuenta la importancia de este pez, me detendré a dar una explicación sobre la forma como se le extrae y beneficia.

El paiche, cuyo extraordinario tamaño llega a medir hasta 4 metros de largo con un peso mayor de 300 libras, se encuentra en los ríos Amazonas, Ucayali, Napo, Yurua, Huallaga y en las grandes lagunas que por medio de unos canales se comunican con dichos ríos.

No obstante la gran cantidad de hombres que, desde tiempo inmemorial, constituídos durante largas temporadas en las riberas de los ríos, consagran sus energías a la pesca del paiche, es raro que no se note aún escasés de él, en las regiones a que me refiero. Antes bien, su extracción y comercio cada día más activo e intenso, demuestran claramente mayor abundancia.

Los fisgadores, que así se llaman a los que se dedican a la pesca de este animal acuático, buscan generalmente los remansos de los ríos y las lagunas en donde existen para apoderarse de él. La operación de la pesca es un tanto difícil y hasta peligrosa debido a su tamaño y a los medios poco adecuados de que se valen. Los referidos fisgadores, provistos de canoas, especies de botes, se lanzan sobre el paiche, al cual extraen del agua por medio de unas púas, a manera de arpón de una resistencia admirable. El pez sale del agua casi siempre semimuerto y acaban de matarlo a golpes de hacha en la cabeza.

Luego lo desuellan, cortan su carne y la convierten en largas y delgadas piezas, las que una vez saladas son extendidas al sol sobre unas barbacoas preparadas especialmente.

En las épocas de pesca, las solitarias orillas de los ríos, se ven invadidas por multitud de fisgadores, quienes provistos de los suficientes víveres para mantenerse durante un tiempo determinado, improvisan chozas y carpas, transformando aquellos sitios en una especie de feria o lugar atractivo de paseo, donde reina la animación y el contento.

De cada paiche sacan ocho o diez piezas; cada pieza tiene de dos a dos kilos y medio de peso; y, envueltos en fardos que contienen de veitne a veinticinco piezas, según el peso de éstas, son conducidas a las ciudades para su expendio.

El paiche, constituye, pues, en el Oriente una importante y valiosa industria, por medio de la cual muchos comerciantes han adquirido sus riquezas. Además, esta industria da vida en las orillas de los grandes ríos, a miles de comarcanos, quienes se dedican a ella, no ya simplemente por obtener utilidad, sino por vía de entretenimiento. Sólo falta sistematizarla, haciendo que el medio millón de soles, alrededor del cual oscila el valor de esta industria, siga obteniéndose indefinidamente, para lo que es necesario procurar la conservación de las especies que la generan. Y esto de conseguiría fácilmente si se diera una ley semejante a la que existe para la caza y la pesca en nuestras costas.

Se le considera como artículo de primera necesidad, y, por consiguiente, todos los pueblos de la selva nunca carecen de este indispensable comestible, cuyo sabor es semejante al del bacalao, con la diferencia de que, por ser de agua dulce, es más sabroso, agradable y tiene mucha grasa.

Pasando a otro aspecto, diré que la región que me ocupa es también rica en especies minerales. En materia de sales existe yeso, cal, azufre, alumbre, salitre, etc. La sal gema hay en tan inmensa proporción y de buena calidad, que por si sola podría abastecer a toda América. Cuenta también con lignita, fierro, carbón, gredas a infinidad de aguas minerales de aplicación medicinal por el sulfuro o cualquier otro principio que contiene.

En cuanto al petróleo, muchos son los yacimientos de este mineral en esa región. La compañía norteamericana Standard Oil, ha mandado practicar los estudios del caso y ha obtenido concesiones de importancia que no las explota aún.

Son, pues, muchas las industrias que se pueden establecer. Aparte del algodón y del café, de cuyas plantas me ocupé al empezar esta disertación, están los cereales de todas clases que se dan en la mejor forma. El tabaco que se produce en San Martín, importantísima provincia de la selva, es, como lo ha demostrado la palabra autorizada del famoso botánico doctor Werberbahuer, el mejor y más fino del mundo.

La fruta también se da en inmensa variedad. Su producción es tan basta y como no se puede transportarla a los lugares de consumo, en algunas poblaciones no se vende la palta y la naranja, por ejemplo. Se regala. Las gentes sencillas consideran un pecado vender estas frutas y califican de avaro a aquel que por alguna casualidad ha dado un costal lleno de naranjas por diez centavos. Ese —dicen— irá al infierno.

Ya veis, la selva no es solamente "el infierno verde", "cuyos misterios inexplorados atraen de una manera irresistible a los espíritus audaces", "no es solamente esa selva que se defiende obstinadamente contra la curiosidad y la avidez de los hombres blancos", como decía hace poco un artículo periodístico. Tiene también sus encantos, su belleza, sus atractivos naturales que constituyen para los que conocen esa región, para los que saben apreciarla, para los que miran serena, cariñosamente, el paraíso, la gloria, la felicidad.

Y bien, ante tantos elogios que he hecho de la selva, ante tantas ventajas que he descrito, el público amable que me escucha, se preguntará, con justísima razón ¿qué hacen los gobiernos y gobernados peruanos que no aprovechan, que no explotan tanta riquezas espontáneas? ¿qué hacen —se dirán— aquellos peruanos que no tienen fáciles medios de vida, que no se trasladan a esos lugares en busca de mejor suerte?

La respuesta es sencilla y categórica.

Entre la costa y los lugares situados en la región de la verdadera selva, existen varios miles de kilometros. Entre Lima e Iquitos, por ejemplo, se emplean treinta días de viaje, usando diferentes sistemas de transportes: lanchones pequeños y la mayor parte del viaje en acémila y a pié por caminos fragosísimos.

Es cierto que está establecido desde algún tiempo y hace el servicio regularmente una línea aérea del Estado, pero, como es natural, es muy costosa y relativamente pocos se valen de ella. Para demostrar las dificultades que esta misma ruta presenta y la distancia que tiene que recorrer, les diré que de Lima a Iquitos solamente se emplean tres días: uno de ferrocarril y automovil y dos de vuelo.

¿Porqué entonces no se desenvuelve una conveniente política vial para esa región? Ciertamente. Sería un argumento, desde que los ferrocarriles, caminos realizan el acercamiento no sólo material sino espiritual de los pueblos desde que ellos cooperan al desarrollo comercial y mediante el intercambio redimen las localidades, elevándolas en su nivel cultural; desde que ellos constituyen una manifestación de vitalidad, de energía y de dinamismo social y saturan de una inquietud benéfica a los hombres y expeditan el progreso nacional. Todo eso lo sabemos. Algo más, sabemos, también, que todo país que presenta gran número de vías de comunicación denota que se halla penetrado de un sentido de adelanto y de superioridad; sabemos que cada ferrocarril, que cada carretera que se construye, cada camino que se abre, despiertan a las localidades de su sueño ancestral y las incorporan en el remolino progresivo de la vida y la civilización, y sabemos finalmente, que cada camino es un abrazo eterno de unión que se dan los pueblos entre sí, haciendo realidad la sólida y fuerte unión nacional. Y precisamente por eso, se ha encarado resueltamente, desde hace varios años el problema de la vialidad en el Perú, habiendo logrado obtener singulares proporciones de progreso y bienestar en muchos sectores del país.

Pero el asunto cambia de aspecto cuando se trata de la región amazónica. Estoy seguro de que los emperadores incas, los conquistadores españoles, los peruanos de la República, han tenido siempre el mejor deseo de desenvolver una acción que pudiera llamarse efectiva en esa amplísima zona.

Desde el año 1900, fué preocupación de todos los gobiernos unir por medio de ferrocarriles la costa con los pueblos de la montaña, lo que demuestra que en esa obra se cifraron siempre las más halagadoras esperanzas sobre el porvenir económico del Perú.

Muchas leyes se han dictado, muchos proyectos se han presentado, muchos contratos se han celebrado, y hasta se han practicado estudios sobre la ruta a seguir, hace pocos años.

Mas, todos estos nobles propósitos fracasaban ante las dificultades que ofrece la realización de tan grande e importante obra, reduciéndose, por eso, sólo a leyes y estudios. Se ha considerado, pues, casi como un plan utópico la construcción de este ferrocarril porque es preciso recorrer una extensa región de accidentada y variadísima topografía para salvar las altísimas montañas de 6,600 pies y las profunda cuencas que en todo sentido la cruzan.

Y no son por cierto esas dificultades las de mayor significación que se presentan, pues, conocidos ya son los portentosos adelantos de la ingeniería moderna. Han sido, en síntesis, de carácter económico, las dificultades más serias e importantes que se han presentado. Esa obra supone muchos millones de soles.

El corto tiempo que me queda no me permite hacer una larga referencia sobre un contrato que tras la serie de iniciativas estériles que nos ofrece la historia de este ferrocarril ha surgido al tapete público en estos últimos tiempos, de la firma norteamericana Davis. El se halla, pues, en estudio, y ojalá no sobrevengan dificultades ulteriores. En fin ya se vislumbra una esperanza. La construcción de ese ferrocarril convertiría lo que hoy es un lugar muerto en campo de gran actividad industrial y comercial. El problema de la colonización, que es necesario abordarlo cuanto antes, será una hermosa realidad. El desarrollo económico del Perú superará todas las expectativas. Se trata de una obra grandiosa que provocará una revolución en las rutas comerciales de esta parte del Pacífico y contribuirá, seguramente, a intensificar nuestro intercambio con la gran nación chilena, cuyo espíritu laborioso y empresista y cuyas riquezas unidas a las del Perú, constituirían un hermoso ejemplo de armonía internacional y una formidable fuente de grandeza económica proveedora del mundo entero.

CESAR LEQUERICA DELGADO

Radica en Iquitos, su tierra natal. Vencido por los años, vive apartado, desde hace algún tiempo, de la actividad periodística y literaria. Como hombre de prensa, tuvo una actuación relevante, habiendo destacado mayormente en el campo de la polémica. Fué editoria- lista de "El Comercio" y otros diarios de la Capital. Asimismo, fundó y dirigió numerosas publi- caciones, desaparecidas varias de ellas actualmente.

César Lequerica, es sin duda el narrador costumbrista más representativo de Loreto. "Sachachorro", su libro primogenio y el único que ha publicado, pues todavía sigue esperando editar su novela "Ni Infierno, ni Paraíso", reúne parte de su producción narrativa de sabor vernacular; el resto se encuentra profusamente diseminado en periódicos y revistas de índole cultural. De "Sachachorro", hemos incluido en este tomo dos estampas y dos cuentos que, junto con las demás narraciones costumbristas de Lequerica, representan una valiosa contribución a la Literatura Peruana, en uno de sus géneros más difíciles de cultivar; máxime, cuando -como en este caso se utiliza el modismo popular loreto.

FOLKLORE

¡ SACHACHORRO !

El cielo de Iquitos irradiaba un sol esplendoroso. Densos y dorados rayos iluminaban los enmohecidos y cansados techos de zinc, produciendo una feria de luz. La ciudad amazónica comenzaba a tejer su cortina de polvo, de modorra y de lento traqueteo urbano.

En el populoso barrio de Belén, mujeres de caras pálidas y pies descalzos, que portaban canastos de frutas o tinajas, ofrecían una estampa tropical, plena de sencillez y de confiada existencia. Un vaho tibio emanaba de la tierra, mezclándose al olor de hierbas y de acequias encharcadas.

Aquella mañana, esplendente de luz, Asunción Chufandama salió de su casa rumbo a Sachachorro, a pasar el día lavando las mugres semanales del hogar. Llevaba, en equilibrio, sobre la cabeza, una palangana llena de ropa sucia, con pedazos de jabón, y en la mano izquierda, una olla con plátanos "maduros", ya hervidos. Junto a ella, su pequeña hija Donatila portaba un pate con raíces secas de piri-piri y hojas de amasisa. Asunción cargaba, además, a la menor de sus hijas, una niña de ocho meses de edad, que la cogía de la blusa, montando las piernecitas sobre la cadera derecha, mientras la madre la sujetaba con el brazo, por la espalda.

Vestía Asunción un traje claro, de percal, con floreados azules y desteñidos por el uso, y avanzaba con paso lento y despreocupado. Caminó tres cuadras de la calle "Aguirre" y, luego, bajó la pendiente formada por la estructura en socavón del terreno, una hondonada amplia, de lecho arenoso y malezas en los contornos. Allí estaban los pozos o manantiales de agua, a flor del suelo, en pequeños cuadriláteros emparedados con tablas y protegidos por casetas o pequeños tambos, hechos de horcones endeble y techos de paja.

De uno de los montículos de terreno, brotaban, a poca altura, varios chorros de agua fresca, que cual lenguas de cristal inextinguibles, se ofrecían a la voracidad de las tinajas. ¡Agua de beber, agua de Sachachorro dulce, rumorosa y embrujada!

Cuando Asunción llegó a uno de los pozos encontró a otra lavandera, amiga suya, con quien se puso a compartir los servicios del manantial. A un lado del pozo, colocó sobre la yerba, envolviéndola en trapos, a su bebe, delgaducha y pálida, que se entregó a las delicias de un profundo sueño. Se despojó del traje, floreado de azul, y en paños menores, sueltas las carnes del busto, hizo su huanguna, colgándose el fustán de uno de los hombros. Se sentó luego sobre el entablado, con los pies recogidos en cruz y emprendió las duras faenas del lavado. Remojó las ropas dentro de la palangana, las untó de jabón y, pieza tras pieza, fué restregándolas con las manos. Con el puño izquierdo cogía la tela en ademán firme, mientras con el derecho sobaba fuertemente jalándola de un extremo a otro. Se puso a tararear un aire antiguo, que le traía gratos recuerdos, interrumpiéndose solo para atender, con breves frases, al asedio parlanchín de su compañera de labores.

El sol seguía calcinando con sus impalpables arrebatos de luz. El día era espléndido y Asunción se mostraba contenta, porque hasta la tarde tendría ya toda la ropa limpia y seca. Debía dar dos o tres jabonadas, otras tantas asoleadas sobre el césped y echar a las ropas caldo de las hojas de amasisa, que tiene la propiedad de blanquearlas, quitándoles toda suciedad.

Su vecina, mujer de edad avanzada, era vendedora de frutas. De aspecto apacible y bonachón, parecía, sin embargo, una chicharra removiendo la vida y los milagros del barrio. De rato en rato, acribillaba de versiones a Asunción, relatándole sucesos sobre la conducta de sus vecinos, que esta ignoraba o fingía ignorar. Luego de contarle con lujo de detalles los amores romancescos y ventajosos de una sobrina suya con un comerciante, preguntándole a Asunción por su marido le dijo:

—¿Y tu viejo?

—En la chacra está . . . Ya le estamos esperando . . . uno de estos diitas ha de venir . . .!

—No hallará empleo quizás el pobre!

—No, pues. . . fregado nomás anda mi viejo. No le ayuda su suerte; por eso se vá a la cha-

cra, a hacer sus modos . . . - explicó Asunción, lanzando un hondo suspiro.

— ¡Ay, así estamos todos, Ashito... reventados nomás! Siendo como otras, que tiempo quizás ya le hubieras hecho la "picshamaña", con algún platudo...! Mas, siendo buenamoza...!

— Ay, Jesús... Que diciendo para dejarle...! Mas cuando le estoy queriendo a mi viejo pupushca...!

— ¡Jajajajaj...! - estalló en una carcajada la vieja vendedora de frutas, abriendo desaforadamente la boca, en que lucía apenas dos dientes negruzcos y deformados por la carie. En seguida que se repuso de la risotada, exclamó:

— Lo que me haces reír, cuando no estoy queriendo. ¡Condenada Ashu... a lo mejor, garrote puro así será...!

— ¡Jajaj...! - devolvió, a su vez, Asunción la carcajada, mientras, mientras se levantaba para tender las ropas al sol.

Callaron. Hacia el lado opuesto, detrás del muro de la rierra que abovedaba el lugar de los pozos, se apercibía el eco chirriante y pesado del tráfico de automóviles. En los demás pozos había el mismo ambiente de fatigosa tarea y amena charla.

Al volver Asunción de tender las ropas, su hija Donatila que se había entretenido chapeando con los pies en los charcos adyacentes, con un gusto de engreimiento, exclamó:

— ¡Mamacitaá! yo quero mi chapu...!

— Ay, Dona, no se ha de poder contigo! - rezongó la madre con simulada acritud en el tono. Pero en seguida tomó de la olla algunos plátanos y colocándolos en el pate, con agua que fué a recoger de los chorros, se puso a preparar el chapu, desmenuzándolos con la mano derecha hasta casi disolverlos.

Con los dedos de la misma mano, limpios los bordes interiores del pate, llevándoselos a la boca para chuparlos. En seguida dió el pate a beber a su hija y después que la pequeña lo devolviera, Asunción ofreció la fresca y deliciosa bebida a su vieja amiga, quien al aceptar, mientras cogía con sus arrugados dedos el pate, le dijo:

— A ver, pues, para que no se reviente mi hiel...!

La vieja lanzó un resuello profundo, por la respiración contenida, mientras engullía, y devolvió el pate a Asunción. Momentos después, cuando esta amamantaba, con los senos al descubierto, a su bebé, despertada en ese instante, la vieja reinició la charla volviendo al tema sobre el marido de Asunción. En tono de afectuoso consejo, le dijo:

— ¡Ay, Ashito, no te jiaras mucho... De repente, tu viejo se adementa...!

— Qué, a de ser...! ¡Acaso es huarmitero mi pobre viejo...!

La conversación fué cobrando nuevos giros, a cual más interesantes para la acuciosidad pueblerina. Se habló de la carestía de la vida, de las noches de retreta en la plaza "28 de Julio" y del proyecto del Agua Potable. Pero todo esto no satisfacía la sed parlera de la vieja. En los últimos días las comidillas del barrio venían insistiendo en que Eva Chufandama, la hermana menor de Asunción, sería abandonada por su enamorado, un joven que regresaba a Lima, después de algunos años de permanencia en la región. Esta oportunidad de estar al lado de la hermana, era propicia a averiguaciones:

— ¿Y tú hermana?

— Ahí' está...! De tardecito ha de venir para cargar agua de tomar.

— ¿Y cierto ya le deja su novio?

— ¡Si, pues! Ya dizqué se va a Lima...! Pobre mi hermana... no ha sido para ser feliz...!

Dejaron de hablar, sumiéndose en meditaciones. El sol había avanzado en su carrera. Era algo más del medio día. En el aire vagaban diáfanas fuerzas que convidaban a vivir risueña y tonificadoramente.

De repente, un niño magro y de tez amarillenta, con pasos de ardilla bajo la pendiente que conducía al manantial, conduciendo, jadeante, una pequeña olla. Al divisar el pozo en que se encontraba Asunción, grito jubilosamente:

— Mamá... mamá Ashu, aquí te traigo tu porotito...!

Se había iniciado la hora apacible del atardecer. Los rayos del sol, antes irritados, como si fluyeran de un horno, habíanse vuelto tenues, produciendo en el espacio tonos suaves, de quietud y de frescor. Hora somnolienta que es como una tregua de la maldad del sol; hora romántica en que las mujeres de Belén van a Sachachorro a proveerse de agua, formando pintoresca romería de samaritanas, donosas y sencillas, seductoras y únicas en el arte portar tinajas.

Eva Chufandama, provista de una umallina y después de coger en la huerta de la casa algunas tiernas ramas de guayabo, que las colocó dentro del cántaro, se dirigió a Sachachorro a hacer su provisión de todos los días.

En el trayecto, mozos parlanchines e insolentes la asediaron con piropos, pero ella siguió su trayecto, bamboleando el cuerpo al caminar y poniéndose risueña o agestada, según el colorido de las frases que le dirigían.

Cuando llegó a los pozos, había terminado su hermana de bañarse y soltándose la abundante cabellera, rociada con el fragancioso piripiri, la estaba sacudiendo al viento. Eva, frente a los chorros, limpió el interior de su tinaja con las ramas y una vez que la llenó de agua, dejó caer en el interior un manojo de hojas de guayabo y se puso sobre la cabeza el pesado recipiente. Chapuceó con los pies en el lecho de la arena y fue en busca de Asunción que también abandonaba el pozo, cargando a su pequeñuela y la palangana de ropas, ya secas y limpias.

Y las hermanas Chufandama emprendieron el regreso, confundidas entre las numerosas mujeres del barrio que acudían al manantial y que ofrecían el atractivo de su andar cadencioso, de sus cuerpos tropicales y de esa insuperable habilidad de conducir cántaros y palanganas sobre la cabeza, sin la ayuda de las manos, en admirable demostración de donaire y de equilibrio.

¡Caravana típica de samaritanas montañesas en que hasta el encanto de la tarde parece que fuera enhebrando caricias en las cabelleras sueltas y fragantes, en los senos espigados, en los rostros rebosantes de sencillez y simpatía! Estampa de mujer que debió inspirar a un poeta nacional en emocionado canto a la loretana, la estrofa:

.....

Con tus pies descalzos
y el cántaro a las sienes,
no hay duda, pues, que tienes
un algo sin igual!

Por la noche, el enamorado de Eva visitó la casa. Estando próximo su anunciado viaje, era presumible que fuera a despedirse. Habían precedido días de emoción contenida en el hogar; diálogos en que ante el reproche por la separación insospechada o las conjeturas de otro afecto y el consiguiente olvido, surgía la promesa de amor y laquita enternecida; el ofrecimiento solemne y compungido de que en todos los correos iba a escribirle, que la extrañaría mucho y que a corto plazo la llevaría a su lado... a Lima, a la Capital!

Grande fue, por eso, la sorpresa de Eva al ver esa noche llegar a su enamorado dando muestras de contento y cuando, después de los almibarados saludos de costumbre, caminando por el patio de la casa, exclamo:

—Ya no me voy a Lima. He resuelto quedarme en Loreto, a tu lado... Aquí no me ha de faltar trabajo...! ¡Te quiero tanto!

La determinación era definitiva y sincera; Era el resultado de hondas meditaciones, de la tempestad íntima que había sorteado su alma frente al propósito de separarse de ella y de alejarse de esta tierra, a cuyas formas de vida se había acostumbrado; ante el recóndito impulso y, sobre todo, el gran cariño que profesaba a Eva, a esa mujer que también lo amaba, que era sencilla, buena y laboriosa; que era crédula, que nada le pedía...

Pero en el hilvan de comentarios que siguió sobre la resolución de quedarse para siempre, el enamorado, queriendo atormentar afectuosamente a Eva, el dijo:

—Ahora sí que voy a creer en lo que la gente dice; que me has dado de tomar agua de Sachchorro. Hoy sí estoy convencido del poder mágico, maravilloso y oculto de sus aguas que inspiran pasión amorosa y terrígena a los que no hemos nacido en esta comarca y la bebemos. Y también compruebo la verdad de los versos inéditos de un amigo, que me vienen al recuerdo:

.....

Sin hacer caso de los consejos
que a mí me daban,
bebí tu agua de Sachacharro,
una mañana.
Y desde entonces sentí el embrujo
de tu fontana;
luego te quise y me quisiste,
mi Loretana!

— ¡Jaiiii...! ¡Ahi sí nada dices...! ¡Quién que te crea...! ¿Acaso todas veces no tomas esa agua cuando tienes sed?

— ¡Claro que sí! Y me gusta, porque es dulce! Dime: ¿qué cosa le pones?

— ¡Qué más l'ey de poner, mentecato! Su cogollo de la guayaba nomás, para que sea dulce...!

ARREGLADORA

Hoy he llegado a Iquitos, ciudad que tanto deseaba conocer.

Mi viaje desde Lima, por la vía aérea, ha sido feliz y placentero. La eficiencia del servicio y la visión grandiosa de la Selva, me han encantado. En todo el trayecto, a partir de las faldas orientales andinas, la inmensidad verde que semeja un océano estático, ha dominado el panorama, produciéndome, en algunos momentos, esa ténue angustia que da la monotonía. Apenas, de trecho en trecho, la escena se quiebra con el discurrir de los ríos que desde la altura semejan filones de arenal y con uno que otro celaje de oro en la bóveda del cielo, permanentemente gris. Iquitos, desde el avión, me ha parecido una gran perla engarzada en medallón esmeraldino, pendiente por sus extremos de esos eslabones de ópalo que son el Nanay, el Itaya, el Moronacocha y el caudaloso Amazonas.

En el aeropuerto, un chofer solícito ha tomado mis maletas, y en un abrir y cerrar de ojos me he visto rumbo a la ciudad. Minutos después ocupaba un cuarto del "Malecón Palace", hotel de tres pisos, con fachada de finos mosaicos azules, verdes y rosados.

He comido en un restorán, ubicado en la calle principal, donde solo he visto caras nuevas. Mesas de militares, marinos, dos españoles, un gringo, y dos jóvenes, también uniformados, que deben ser médicos militares a juzgar por cierta característica exterior y porque toda su conversación ha girado en torno a enfermedades tropicales y a curaciones hechas en guarnición. He regresado a mi cuarto después de un recorrido por calles céntricas, anchas e iluminadas, donde las casas ofrecen la nota típica de sus techos de zinc y sus aleros caídos hacia adelante, semejando toldos. Al trasponer la puerta, mis pies han tropezado con un sobre. Abierto, me he encontrado con una elegante tarjeta del secretario de un club social, acreditándome como socio transeunte e invitándome a frecuentar los salones de la institución. ¡Inesperado honor y agradable sorpresa!

En este momento -once de la noche- estoy en mi cuarto del hotel, en el tercer piso de este suntuoso edificio con fachada hacia el río. Desde la mesita en que borroneo estas líneas, por el marco del balcón que da a la calle, contemplo el Amazonas que en esta noche de luna esplendorosa, al conjuro de un rielar maravilloso, muestra la rutilante pedrería de sus joyas. ¡Ya estoy, al fin, en este Iquitos, decantado por el apogeo del caucho, por el cascabeleo de la política y por la simpatía de sus mujeres! ¡El París diminuto de los loretanos, la "ciudad del futuro", como la ha llamado Delboy!

Llevo tres días en Iquitos, vividos agradablemente, disfrutando de tantas bondades y emociones, que gracias a ellas, el calor y los zancudos me resultan soportables. Ya tengo muchos amigos, concurre a mi club y he estado en dos fiestas de familias amables que me han brindado gentilmente sus salones. He visitado Moronacocha, una laguna de "Victorias Regias", el serpentero de un fakir montañés y un jardín de orquídeas bellísimas y raras. Estoy contento y me siento esplendidamente acogido. Sólo me contraría estar usando sombrero en una población en que casi nadie lo emplea.

Pero, hay un suceso más importante: he cambiado de residencia, trasladándome a un departamento amueblado, en calle de poco tráfico y aceptable por su relativo confort. Aquí me siento más satisfecho y las dos piezas que ocupo -salita y dormitorio-, dotados de servicios higiénicos, puedo asegurar que me encantan por su estricta utilidad al servicio del hombre como yo: solo transeunte, sin grandes bagajes de viaje.

Con todo, hasta ayer he estado preocupado y aún disgustadísimo por el hecho de no tener un sirviente que me aseara la casa, pues, mi espíritu, amante de la limpieza y el orden, se ha contrariado con el espectáculo de desbarajuste que ofrecía mi habitación. Pijamas sucias, colillas por el suelo, sillas en desorden, empolvados todos los objetos y la casa desgreñada. ¡Bendito contraste, en algunos hombres, de gustar el arreglo de las habitaciones y no poseer la hogareña habilidad de practicarlo!

Felizmente ayer solucione el problema. Había regresado, después de almorzar y, en mangas de camisa, me sitúe a la puerta de mi departamento para recrearme con el tráfico, cuando advertí la pre-

sencia de una viandante, una mujer del pueblo, descalza, pollera y blusa de percal, rostro arrugado, mirada tímida. Tenía seguramente, unos sesenta años. Su apariencia bondadosa y humilde me infundió confianza y le dirigí la palabra . . . Se detuvo algo azorada. Le pregunté si conocía algún muchacho que quisiera emplearse, contestándome después de algunos momentos de meditación:

—¿Y como para qué, señor?

—Pues . . . un sirviente de casa; que barra, bote basuras, ponga agua, acomode los muebles . . .

—¡Ajjj . . . ya . . .! ¡Usted quiere una "Arregladora"!

¡Comonó señor . . . hey de hallar!

—Exactamente. Necesito una persona que arregle la casa. Pero . . . la necesito lo más pronto, porque tengo la casa desmantelada.

—Aurita nomás ¡ey de mandar, señor . . . Pegado a mi casa, vive de una mi comadre su sobrina.

Y el diálogo terminó con mis más cordiales agradecimientos y la promesa de esa buena mujer, a la que, desde luego, poca seguridad había otorgado.

No obstante, cuando a las cinco de la tarde, después de una siesta, me disponía a salir a la calle, alguien llamó a la puerta. Al acercarme, se me presentó una simpática mujer, un tipo genuino de cholita amazónica. Tez morena, pies desnudos, ojazos negros, labios gruesos, cabellera castaña, cuerpo cimbreante y senos erguidos. Era la prometida empleada.

Insinuando una sonrisa, con gran naturalidad, me dijo:

—Usted serás que buscas empleada . . .

La invité a pasar, y ya en la salita le expuse la razón de mi solicitud.

—Efectivamente, -le dije- deseo una empleada para el cuidado de la casa.

—Si es como "Arregladora" nomás, hey de poder; sinó han que me pague cuanto también ¡No hey de poder . . . ni por nada!

Esta manera intempestiva de plantearme una condición para mí desconocida, me produjo curiosidad y al averiguarle cuál era esa calidad de "Arregladora", me dió a entender:

—"Arregladora" nomás pues . . . para poner agua . . . barrer . . . para "comedir" su cuarto. De mañana o de tarde. No hey de poder todo el día . . . Para estar planchaaando . . . No es por haragana . . . Tengo mi hijito allpatero . . . y no es de cuidarle . . . Por demás es el muchacho . . .!

—¿Y como te llamas?

Petronila Panaifo, para servirle. ¡Mi tía también fregada nomás anda . . .! ¡Todo el día no le deja su reumatismo . . .!

La exposición iba adquiriendo contornos interminables. Percatado de las condiciones del empleo y perfectamente de acuerdo puesto que necesitaba que mi casa se aseara, acepté la proposición, luego de averiguar que la cholita residía en "El Arenal", nuevo barrio popular situado al extremo oeste de la ciudad. Fijamos diez soles de sueldo, la obligación de venir por las mañanas o las tardes, a elección de ella; le entregué dinero para compra de una escoba y después de darle una de las llaves del cuarto para que pudiera entrar durante mis ausencias, me despedía, dejándola en la casa. Cuando salía me llamó la atención.

—¡Guarda bien sus cosas! ¡Sus platas! No vaya achacarme que hoy hey tocado, así! Le hice protestas de confianza y salí.

Es la una de la mañana y acabo de volver a mi residencia, después de una partida de pocker y de charlas agobiadoras sobre la guerra mundial.

Encuentro a mi cuarto remozado. Se respira un aire de limpieza y de comodidad. Todos los muebles en su sitio; mi cama espléndidamente tendida; la mesita de noche, la jarra de agua, el florero, las toallas, los libros, todo acertadamente ubicado. Vivo así un ambiente de armonía, de luz y hasta de elegancia.

Comprendo a las claras que mi "Arregladora" tiene manos expertas en la pulcritud y el orden de una casa. ¡Se vé que sabe "comedir" un cuarto!

Ha transcurrido una semana y mi permanencia en Iquitos sigue siéndome grata. Población cosmopolita, gentes sencillas, cordialidad por doquier. Y lo que es mas sugerente aún, cierta alegría de vivir distinguida y preocupada. Quien sabe si es en esta urbe donde es más determinante la influencia del medio, porque la Selva parece que inyectará en el hombre algo de su estática y parsimoniosa existencia, infundiéndole confianza o conformismo, la misma indiferencia o conformismo del árbol que en la jungla reverdece o trunca su follaje, que se nutre de sol y de lluvia, que juguetea con el viento o se desgaja por la carcoma del tiempo. ¡Aparentemente inerme, visiblemente impasible, tal vez contento!

Más o menos así, un poco árbol, me siento desde los primeros días de mi llegada. Voy por una y otra parte; no se lo que persigo ni a quien busco, pero me siento feliz; veo las mismas cosas, las mismas caras y, en todas, de nuevo encuentro algo que me agrada. Voy a bailes decentones y huachafos, frecuento cinemas, clubs, bares y, en todas partes, mi savia se alimenta de sol, de alcohol, de snobismo, y así como me exhausto en cada crepúsculo, siéntome florecer y cobrar y nuevos alientos en cada aurora. Ni siquiera advierto el peligro de desgajarme por hastío...!

Hay, sin embargo, dentro de este vivir desgredado y fugaz, una persona interesante que ha ganado mi atención y aún mis simpatías por su fisonomía típica, por sus costumbres sencillas y candorosas, por su habilidad en el servicio doméstico: mi "Arregladora". Oh, mi noble y carísima "Arregladora", digna de mi admiración, de mi aprecio y de mis consideraciones; merecedora de todas las alabanzas por tu espíritu diáfano, por tu sentido de sacrificio, por tu concepto del deber, que lo cumples contenta, como si hicieras jolgorio del trabajo, y por ese conjunto que te gastas, en que hay misterios de selva y ondulaciones de río!

Las veces siguientes a las de su presentación, ha venido con aires tropicales, escrupulosamente limpia, fresca y sonriente, con unos dengues armónicos al caminar y luciendo una flor roja, coquetamente prendida del moño, que despedía un aroma agradabilísimo y raro.

hace dos días, por la tarde, me entretenía con la lectura de "Sangama" de Hernández, gran novela de la selva peruana; y, ella arreglaba la casa. Mientras entraba y salía de una habitación a otra, cimbreada y gallarda, sentí que ese perfume que emanaba de la flor embalsamaba la atmósfera produciéndome no se que vago y delicioso encanto. Y ambos, silenciosos, no podíamos evitar que nuestras miradas se encontraran furtivas.

Como me faltaran cigarrillos, le pedí que fuera a comprarme un paquete.

—Oiga usted, Petronila ¿quiere hacerme un favor? Cómpreme un paquete de cigarrillos rubios.

¡Por qué no! ...

Ya con el dinero en las manos y lista a salir, me agregó:

—Peta nomás me ha de llamar ¡Así me dicen desde huambra...!

Diez minutos después me entregaba un paquete de "Chesterfield". Más adelante y disponiéndose a reanudar su tarea, en tono de crítica, agregó:

—Ese cigarro gringo nomás le gusta... Por qué no compra Siricaipis?

Instantes después, al llegarse a la mesita de noche para asearla, sentí de cerca que ese perfume de la flor me embriagaba y seducía, cada vez más. Intrigado, la interrogué:

¿Y que flor es esa?

— ¡Ah! Sangapilla es... oloroso... rico huelo... ¡no muere fácil...!

—Con razón estás perfumada!

—No vaya a creer que eso nomás es: ¡ija! ¡Todos los días me baño con llacaré!

Así debía ser, porque esa fragancia tan especial y agradable parecía tener muchos aromas. Luego, arrobado por la flor, me acerqué a ella y junté mi rostro a su cabellera, buscando aspirar de cerca el perfume, el delicioso perfume de la sangapilla. Oí entonces que mi "Arregladora", me decía:

— ¡Báaa...! ¡Ya vuelta "se adementa"...!

Luego ví que mi "Arregladora" se dedicaba al zurcido de medias, camisas y otras prendas con acuciosa dedicación, con tal habilidad y destreza, que mis vestidos se ven continuamente remozados. El

planchado de corbatas y de pañuelos; la reposición de botones, el doblado de puños y de cuellos y otros pormenores más de los elementos de mi "fachada", han encontrado en ella a una prodigiosa artista. ¡Qué manos las de mi "Arregladora"! ¡Conocen todos los secretos de la plancha, de la aguja y de los hilos!

Ayer me ha revelado otros aspectos de su interesante personalidad. Sintiéndome acosado por zarpullidos en los pies, cada vez más inflamados por mi exceso de ácido úrico, le pedí que me curara, entregándole un frasco balsámico. Así lo hizo con la mayor atención, sorprendiéndose de la irritación de mis pies. Hirvió agua, me hizo un lavado hasta las rodillas y mientras me secaba con una toalla, me espetó esta recriminación:

—Esto se llama chaqui-shicshi... Mi tía cura esto con cáscara de plátano bien caliente, hasta que nos duela... aguaaantando...aguaaantando!

Después, he experimentado ligero alivio. Por la noche pude calzarme y salir a un compromiso social, pero antes que ella se fuera, ha exteriorizado su buen humor y sinceridad en este diálogo:

—Oye Peta, ¿por qué no te vas a Lima?

—¡Já, quéé yaa para hacer! ¡Para estar "amolada", así! ¡Para estar con el agua meditado...! ¡Y lo que vale un real el guineo...! Para estar queriendo, así! ¡Y después las pulgas para que me acaben... ¡Para engarrotarme con el frío! ¡Ay, Jesús, qué diciendo...! ¡Aquí, "malo que bien", siquiera es mi tierra... que también se come! ¡Ni que sea aguaje o inguiri puro...!

—No creo, Peta, en todo esto. Mas bien debes tener algún "camote".

—Jajaíiii ¡Ahí sí, nada hablas...! Hace tiempo no tengo sherete...!

—¡Como! Pero anoche te he visto en un omnibus, junto a un joven que parecía tu enamorado...

—Ay, no seas hablador homm! ... No es mi nada ese joven! Ahiajdo de mi tía es, lo que ha llegado del Ucayali! Porque me ha invitado una vecita nomás, para pasearme oyendo música...!

—Oye Peta y ¿donde has aprendido tan bien el arreglo de una casa?

—Hey estado en dos casas de fuamilias, que me han enseñado el servicio doméstico.

—¿Y por qué no sigues al servicio de casas de familia, donde podrías continuar aprendiendo?

—Ay, nó, arrepentida estoy! Cuando se comienza el trabajo, bien nos tratan, pero después las señoras me han hecho aborrecer, sólo porque sus maridos me estaban miraaando . . . de puro "embelecos"...!

—Oye, me dicen que el paiche es muy rico ¿no?

—Bien rico es! De comer cuanto también cuando es en shirumbi. ¡Con su yuca, su sachaculantro y su cocona con malagueta! De hacer caer nuestra muela, es!

Han pasado otros días, dentro de la misma monotonía callejera. Un baile acá, un paseo allá, un flirt ocasional o una charla con amigos cordiales. Ambiente dentro del cual también mi "Arregladora" ha seguido revelándome aspectos de su atractiva individualidad. Todos los días ha venido limpia y sonriente, exhalando ese típico aroma de la sangapilla.

Y, por cierto, que no es sólo la semblanza de mi "Arregladora", su cuerpo de palmera y sus ojazos, los que han conquistado mis simpatías. Más que todo eso, me encanta su espíritu diáfano, espontáneo y candoroso; esa manera sincera con que me dice una verdad, una tontería o una recriminación; esa franqueza, sin afectaciones ni remilgos, con que me tutea, me habla de los asuntos de su familia, me pondera la exquisitez de la comida regional o me dá sus temores de viajar a Lima.

¡Mujer del pueblo, generosa y trabajadora! ¡Mujer humilde, que deleita por su sencillez, que encanta por su escrupuloso culto a la limpieza; que poseyendo todas las virtudes de una ama de hogar, dulce y diligente como nodriza, cariñosa como hermana, inteligente como enfermera, laboriosa y económica como la mejor esposa, se titula apenas "Arregladora"!

Mañana debo emprender viaje de regreso, porque un mes de permanencia en Iquitos, dá para satisfacer la curiosidad de cualesquier viajero. Por supuesto, estoy contento, pero siento en la placidez de mi mente algo que me preocupa; existe un motivo que me obsesiona y me produce un no se qué indescifrable e inquietante.

Es, posiblemente, el recuerdo de mi "Arregladora"; la idea de que mañana me alejo de este tipo de mujer que bien vale un capítulo de admiración y de encendido elogio, aunque las líneas pequen de

triviales y románticas. Porque mañana me voy y . . . ¿dónde encontrar una "Arregladora"? ¿Dónde hallar la eficiencia unida al buen gusto, la franqueza, el desinterés, la candorosidad, la modestia y la honradez, maravillosamente amalgamados en el alma de una mujer?

¡OH, mi humilde y meritísima "Arregladora"! ¡Embrujo, dócil y rumoroso de la Selva! . Me voy llevando el vívido recuerdo de tus cualidades de laboriosidad, de inteligencia y de espontánea llaneza; el aroma delicado y puro de tu alma, que tiene claridades de sol y sortilegios de floresta!

HUMISHA DE CARNAVAL

En los días de Carnestolendas, cualquier barrio popular de Iquitos -pobretón de líneas y de recursos— va sorbiendo del gran cántaro de la Locura el licor que ha fermentado su existencia sencilla y triste, monótona y polvorienta.

Los heraldos de Momo han golpeado a las puertas del barrio, lanzando al aire el estrépito de sus carcajadas y la fealdad de sus muecas; el raro cartel de su deformidad, atrabiliaria y ruín.

La chiquillería, desde temprano, puebla el espacio de gritos y expande su entusiasmo en ágiles volantines.

Hay en el ambiente un torbellino de inquietudes, de anhelos y de esperanzas; y el juego, con sus acometidas de greda desleída, de fruta estrujada, de carbón molido o de agua turbia o coloreada, va salpicando de bochorno y de lujuria los rostros morenos tostados por el sol y los brazos fortalecidos en rudas faenas.

El domingo, desde la mañana, el conciliábulo de los mozos del barrio, ya sea en el patio de la casa terminada, o en la esquina favorita, ha ido ultimando los detalles del número súpremo: los preparativos de plantar una Húmisha! Una gran Palmera que sea el banderín de las fiestas, el asta de la alegría, y que en las horas postreras del Carnaval, ha de ser traído abajo, a golpes de hacha, arremolinando en torno suyo todas las locuras y todas las fugaces concuspiscencias.

Y, así, tomado el acuerdo, surgen, de pronto, varios hombres de una casa fiestera, donde han pasado la noche con las emociones del baile, exhalando aún somnolientos, tufos de alcohol y sopores de danza. Forman la comisión encargada de cortar y de traer la predestinada Palmera. Un tocador de pífano, enjuto y medio cojo, con andares y perfil de Quijote; un tamborero enhiesto y malabarista, y un tocador de bombo, opulento de formas y de austeridad, constituyen la murga; y tres o cuatro mozos fornidos, de caras cetrinas y manos aceradas, portando largos machetes, van a servir de peones taladores, integrando la gratuita comisión que se desliza por la carretera o por los aledaños tortuosos, al compás de una música saltarina y entre la algazara de los pequeños, hasta llegar a un sitio lindante con la espesura del bosque; a un trozo de selva del Nanay o de Morona-Cocha, de Punchana o de San Juan, donde se hace un alto, mientras los rudos mozos obtienen el ejemplar vegetal.

Una hora después, la comisión emprende el regreso, con el mismo laberinto musical, portando, esta vez, sobre los macizos hombros de los peones, el codiciado mástil de la alegría: un tronco largo, delgado y recto, un espigado ejemplar de cashapona, al que se le ha dejado en la copa el verde penacho de sus hojas. Es como una procesión estrafalaria, que va aguijoneando curiosidad y despertando entusiasmos.

Al llegar al barrio, los peones, jadeantes y sudorosos, dejan caer el pesado tronco en medio del patio escogido, mientras simultáneamente los músicos acallan sus instrumentos y disgregan la comparsa para reclamar ante la dueña de casa, un trago de aguardiente que ha de repararles las perdidas fuerzas y ponerles más turbias las miradas. Luego, hay que preparar la Húmisha, vestir la Palmera. Los mismos brazos fuertes cavan el hoyo profundo en que ha de ser plantado el árbol, y manos femeninas, diestras en el tejido de hojas, van formando en la copa, sobre el armazón de un bejuco, una vistosa corona de la que se prenden pañuelos blancos y rojos, espejitos, roscas de pan, frutas, carretes de hilo o latas de gomina, que serán diminutos y ambicionados premios cuando vuelva a cortarse el árbol, en el laberinto postrero de la fiesta.

La Húmisha, gallarda y multicolor, queda momentos después firmemente plantada en el amplio y descampado solar, mostrando en lo alto su gran disco de chucherías, de hojas estrujadas y de cintas diversas, humildes flecos que se mecen impelidos por el viento, pregonando un final pomposo, un desenfrenado remate de locuras.

¡Martes de Carnaval! Último día de fiesta que ha llegado velozmente, etapa final de la

árbol, cediendo a los tajos del hacha. Y, momentos después, cuando la Húmisha, cimbrada ya, anuncia su total rendición, un hachazo final, asestado por la pareja que el próximo año ha de organizar y presidir la fiesta, da el tiro de gracia y la comparsa abre cancha para que el pesado tronco caiga estrepitosamente.

Hiende los aires una explosión de regocijo, y tan pronto el árbol toca el suelo, la concurrencia se avalancha hacia la copa, a la corona de flejes y chucherías, disputándose hombres, mujeres y chiquillos, la posesión de los misérrimos premios. Cargamontón apoteósica, orgía carnavalesca que es como un furioso lance deportivo en que se escamotean machucones pérfidos, guantazos inevitables. Quien sabe mordizcos . . . ! Tal vez algún beso, desorbitado e insolente . . . !

¡Carnaval loretano! ¡Humilde carnaval montañez! ¡Carnaval que no sabes de colombinas despectivas ni de pulcros pierrots; que ignoras de frágiles serpentinas, del éter fragante y de confettis multicolores, quizás porque tus manos hoscas y tus pupilas pálidas no conocen perfume más fragante que el de tu fronda, ni policromía mejor que la de tus atardeceres!

¡Carnaval montañez! ¡Carnaval viril, desarrapado y torturante! No importa que cada año tu locura rasgue carnes, auna carcajadas y encharque cuerpos esbeltos y lozanos, si en una tarde sol, junto a un bello mástil de la selva amazónica, has redimido de pesares al barrio, mísero y triste, dejando en los corazones la emoción de tu reinado torpe, pasajero y audaz . . . !



GABINA PUCURI

¡Ujúuu! , fué la expresión única y casi sacramental que pronunció, en tono dulce, Gabina Pucuri, aceptando la propuesta definitiva que le hacía su enamorado.

En el trozo de la selva que atestiguaba el idilio, las copas de los árboles se abanicaron alegremente, movidas por el viento.

Los dos indios, jóvenes y pujantes, se miraron con mudo e intenso arrobamiento. El, Fabiano Arirama, fuerte como un huacapú, dominado por los impulsos del primer amor, oyó esa aceptación, paseando la mirada lúbrica por el cuerpo de su amada, que apenas tenía doce años de edad, pero a la que un temprano desarrollo le había dado incitantes protuberancias, brazos rollisos y senos erguidos como caimitos.

El pacto quedaba concertado y sentaba, a la vez, el compromiso de un viaje sorpresivo y necesario en pos de un destino común. Fugar esa noche de la casa, tal era la idea que les animaba para evitar que se cumpliera el propósito de los padres de Gabina de casarla con el "Eteco", mozalbete que les era odioso, hijo de una familia vecina con la que se hizo el convenio, porque como la india resultó prematuramente mujer, era conveniente darle marido. Pero tal noticia llegó cuando Gabina y Fabiano estaban encariñados.

Vivían, desde hacía tiempo, en la misma casa, en la que él era huihaicho, porque el viejo Cayetano Pucuri lo había albergado a la muerte de sus padres. Y la convivencia en el mismo tambo fué enhebrando hilos de afecto. Iban juntos a la chacra a robar o a sacar yucas; ella le lavaba la ropa y él en las mijanadas, buscaba traerle palometas que eran de su predilección. Hasta que un día, en el puerto, durante una esplendorosa puesta de sol, él le dijo que iba a trabajar en el fundo cercano para comprarle un vestido...

En cambio, la moza, nada quería saber del "Eteco". Lo aborrecía no sólo porque era pálido y flaco, sino porque en toda la zona tenía fama de "dejado" para el monte y demostraba inclinaciones a brujo. En las pescas no era capaz de coger ni un shirui.

Por todo eso, porque la querían unir a un hombre haragán y detestable, ccudió a la cita de Fabiano, al platanal, aprovechando que sus padres, en el tambo, remendaban una barbacoa. Y después de oírlo prometer, audaz y valiente, que irían a cualquier parte, aguas abajo, en busca de un lugar acogedor de la floresta donde levantar un nido, le dijo "sí" en ese modo gutural tan arbitrario y tan propio, aprendido tal vez de la selva cuando hace modulaciones al impulso de los vientos.

Saldrían a la media noche, a la hora en que el trompetero, jorobado y donoso, hiriese la placidez del ambiente, con sus hipos de menudo pavo arrogante. Fabiano, la esperaba en el puerto, listo para la gran aventura...!

La india, en efecto, sigilosamente abandonó el lecho en que dormía con su hermano menor y, llegando a la cocina en donde recogió un panerito con trizas de ropas viejas y un peine algo desdentado, se dirigió por entre las tupidas cortinas de la noche, al puerto, donde ya la esperaba Fabiano. Y, con cautela, sin producir ruidos, ocuparon la ovadita: él a la proa haciendo de "puntero" con el único remo que le fué posible obtener, y ella, al centro de la embarcación, sentada sobre un entaimado de cañabrava.

Una pavorosa noche amazónica extendía al espacio su manto de solemnidad y de misterio. Las aguas del "Cuchillo-Cocha", se encajonaban entre negras fajas de selva y adquirían a esa hora acechanzas insospechables. Negra era la selva, negra la faz del lago y en las alturas, sobre el dombo plumoso oscuro, grandes bloques de nubes se ensortijaban furiosamente y parecían caminar la tierra. ¡Se anunciaba una tormenta!

Los fugitivos continuaron viaje, mudos, apremiados por el deseo de ganar distancias. Remaba el indio tesoneramente, y ella clavaba los ojos a la orilla para percatarse de las palizadas. Deseaban salir al Amazonas y seguir por algún afluente hasta encontrar seguro albergue y facilidades para sus luchas.

Pero, en forma, súbita, un vendaval fué arreciando su potente marcha y un fantástico zigzaguar de rayos y el estallido de truenos a ese mundo salvaje el azote de sus peligros. Grandes olas levantadas por el huracán hicieron del río un torbellino traicionero y los indios, sin que lo pensaran, por una imprevisión que era fruto del apurado viaje, se vieron frente a la muerte. No repararon que la canoa tenía al centro del casco, debajo del entarimado, un boquete debilmente remendado con copal, por donde el agua comenzó a irrumpir a chorros, inundándola con rapidez desconcertante. No había un solo pate para descargar el agua, y las desesperadas manos de Gabina y el remo puestos a auxiliar, resultaron tardíos e impotentes para contener el siniestro.

La embarcación, atragantada de agua, comenzó a hundirse hasta casi desaparecer. Cuando la canoa amenazó perderse definitivamente, ellos la desocuparon, pero siempre cogiéndose de los bordes en desesperado chapoteo de manos y pies para conservarla como punto de sostén. Sin embargo, un golpe rudo del temporal, una batida de olas, desprendió a los indios de la canoa y lanzó a gran distancia a Fabiano. Ella, trató inutilmente de localizarlo. Y es que la obscuridad y los caprichos del oleaje, el tirabuzón de algún remolino o el infortunio se tragó el cuerpo fuerte y aventurero de Fabiano, definitiva e ignomiosamente.

Gabina en lucha a brazo abierto contra la turbonada, hubo de afrontar sola y desamparada un rumbo incierto. Nadando, nadando siempre, más arrastrada por el empuje de las aguas que por sus propias fuerzas, se las oía llamarlo de rato en rato con voz tenue y dolorosa. Sólo le respondían los ecos crepitantes de la lluvia que caía a torrentes...

Los primeros resplandores del sol hallaron a Gabina, muy distante del trágico lugar, en un trozo de la orilla del Amazonas, asida fuertemente a un palo seco que la corriente no pudo desplazar. ¡Desfalleciente, pálida, entumecidas las carnes! Sus ojos negros y vivaces, miraban ahora con la vaguedad y el cansancio que imprime el esfuerzo desesperado de una salvación.

Estaba a poca distancia de un tambo, en cuyo puerto una canoa era levemente mecida por las aguas, recién calmado el temporal. Empapada, ganó el barranco y caminó hacia la casucha, donde su cuerpo tiritante y desarrapado produjo natural sorpresa. Los dueños del tambo, en el patio, machacaban en esos momentos gruesas raíces de barbasco sobre un batán, extrayendo tóxico para una pesca que habrían de realizar esa mañana.

Ella hizo un relato triste, casi a monosílabos, de su patético viaje. El hombre y la mujer del "puesto" la escucharon condoliéndose de su situación y sin dejar de exprimir los tallos venenosos. Y le dieron la razón en los móviles de su fuga, porque no aprobaban que el viejo Cayetano quisiera casarla con un sujeto enclenque, que sólo vivía juntando huesos de "pavoncito", los milagrosos telescopios del amor, para vender a los "regatones". ¿Porqué ese capricho de sus padres? ¿Acaso la pobre Gabina estaba "muriéndose por hombre"? La dueña de casa fué la que más recriminó del terco Cayetano.

En el batán, un sable y un cabezudo moledor de madera, eran manejados con típica habilidad. El líquido iba siendo depositado en dos potes.

Gabina se sintió incómoda con la ropa que seguía chorreando y enfriándole el cuerpo. Se ofreció, sin embargo, de ayuda, pero antes se dirigió al fogón del tambo para calentarse y secar el traje que llevaba puesto.

El día ya abrasaba radiante de luz a toda la comarca. De pronto, mientras Gabina, sentada al fogón, extendía la mirada hacia el fondo lejano del río, se incorporó felinamente. Aguzó la mirada y su primera visión fué confirmada: era el viejo Cayetano que venía presuroso, buscándola. Era la misma canoa larga como un machete, que acostumbraba usar; la silueta inconfundible de su padre, con gorra negra y su habitual manera de bogar levantando el remo.

Un cúmulo de ideas angustiosas le atenazó la mente. Corrió hacia el batán, gritando: "¡Ya viene... ya viene...!" Y mientras los dueños de casa caminaban a la punta del barranco para constatar la presencia del viejo perseguidor, Gabina cogió uno de los pates de barbasco y se internó a la selva, agitada y presurosa, por la angosta trocha que partía del patio de la casa.

Días después, a dos kilómetros de distancia del tambo acogedor, un cuerpo estático, arrimado a un árbol delgado, en actitud de dirigirse al río, ponía en la verde maraña del bosque la muda interrogación de otra tragedia.

¿Un tronco caprichoso en actitud estatuaria? ¿Algún andariego extraviado que escapa a las acechanzas del Chullachaqui y se había quedado absorto? ¿O una ninfa del bosque, que después de excursión misteriosa por la floresta, volvía a las profundidades de su morada?

Nó. Era Gabina Pucuri, que como expiación de su aventura, había preferido la muerte a los castigos y a la vida que le querían imponer. El cuerpo inerte ofrecía los dolorosos rasgos de un final desesperado. Los cabellos revueltos le cubrían parte del rostro, las manos crispadas asían el árbol y los ojos, salidos de las órbitas, hieráticos y nebulosos, en espantable actitud, parecían mirar el río como queriéndolo auscultar en el fondo para saber donde yacía el cuerpo de Fabiano. La boca sedienta, en rictus amargo, había manado hilos de sangre, mezclados a un líquido blancuzco. Legiones de hormigas, negras, locas y martirizantes, le invadían el cuerpo núbil y moreno, que se había erguido en las horas supremas del amor y de la muerte.

La infeliz había bebido el pate de barbasco...!



VÍCTOR MOREY PEÑA

Pintor, escritor y marino, este loretano singular nació en Yurimaguas el año 1900 y murió en Iquitos en 1965. Después de César Lequerica, es sin duda el único narrador costumbrista que ha llevado a las letras de molde episodios y escenas del folclore regional. Su obra literaria está contenida en un libro, publicado hace sólo dos lustros, bajo el título de "El Motelo". De él hemos extraído para completar este volumen, cuatro estampas, en una de las cuales se ubica el autor, recogidas durante los largos recorridos fluviales que Víctor Morey hizo en una época como capitán de la nave que su ilustre progenitor, don Adolfo Morey Arias, pionero de la Marina Mercante en la Amazonía Peruana, le había confiado.



EL MOTELO

Una mañanita fresca y reventona, de algarabías selváticas sucedió a la noche de tormenta. En la intrincada manigua, más allá del caserío, comenzaba la vida de la selva con el día, aves y roedores, la fauna toda, salía de sus huecos en busca del "mitayo" cotidiano, eslabonando así la diaria lucha por la existencia.

El ardiente sol de los trópicos, pugnando penetrar hasta la húmeda hojarasca que tapiza la inhollada tierra virgen, jugaba sus saetas de oro en las ramas del tupido bosque, en luminosos rayos trémulos. Un llanto interior, silencioso y pausado, lagrimeaban las hojas de los árboles, que, ateridos por la lluvia, empezaban a abrirse perezosamente al calor del sol, dejando caer el agua que almacenarán toda la noche. El paisaje agreste y espléndido abría nuevamente sus brazos y la tierra, levemente calentada, tornaba a saturar el ambiente con su acre transpiración de vapores de yodo y de barro. El juguetón y ligero airecillo matutino, enroscaba los troncos milenarios en espirales azules, moviendo los retoños y la hojarasca en alocadas direcciones. Lianas y orquídeas; flexibles támishes, que en su anhelo de tocar la tierra, colgaban sus hiliformes brazos desde los encumbrados cedros; audaces enredaderas, que para mirar al sol, trepan hasta la copa de los ceticos gigantes; palmeras de pijuayos, meciendo orgullosamente sus frutos en apretados racimos; esbeltas capironas sonrosadas, macizos huacapúes, sabrosos zapoteros, caimitos jugosos, todo, se apretaba en la manigua unciosa de leyenda y de poesía.

Más allá, en un claro del bosque, cerca del barranco minado por el aguacero y barrido por el huracán de la noche, asomó cauteloso, primero, y grotescamente cómica, después, un motelo. Somnolientos sus ojos pardos y balbuciente la cabeza, avanzó algunos pasos, tardo, pesado. Encrespadas las aletas brunas de su hocico y agresivas las mandíbulas, soslayó a su alrededor. Un pequeño ruido o uno que otro desprendido cayendo al suelo, interrumpíanle su medrosa intención de cacería; y, escondiendo apresuradamente, pescuezo, cola y patas, semejaba por momentos una enorme piedra labrada, inexpugnable al zapazo del puma o a la dentellada del lagarto. Pasado el peligro, proseguía su marcha, parsimonioso y lento.

De pronto, irguió la cabeza, brillaron sus ojillos pardos y las aletas del húmedo hocico se agitaron inusualmente; su presa estaba allí. En el centro de un charco de aguas pluviales, sobre una ramita frágil, un gusanillo verde hacía malabares para no zozobrar. Apresuró entonces cuanto pudo su marcha hacia el objetivo. Tropezando a cada instante, impedido por el barro, trataba de acelerar estirando absurdamente las patas. Su imposibilidad física para la carrera aumentaba su angustia y azozaba su codicia. Pero no despegaba los ojos de su presa: fijos en ella, lacrimosos, sensuales, parecía devorarla a la distancia.

En una pisada en falso salpico un poco de barro y se tapo un ojo. El motelo detuvo su marcha estoicamente; tal vez comprendiera que la presa estaba ganada.

Miro con su ojo tuerto todo lo más que pudo y reanudando su marcha, dibujo una grotesca mueca de satisfacción su hocico bruno. Llegó al cabo, jadeante; estiró el pescuezo abriendo tremenda boca y en el preciso instante en que el gusanillo verdeaba sus dientes, oyóse un sordo tronar que estremeció el bosque y, siguiendo al estrépito del derrumbe, se desplomó un pesado huacapú sobre el motelo, rubricando así el primer acto de este drama selvático.

En la intrincada manigua todo continuaba igual y a esa mañana fresca y reventona de algarabías, sucedieron otras tantas de sol, de tormentas y de aguaceros que duran días enteros y sequías que agostan los frutos.

Otras hojas cubrieron los árboles, otras flores amarillas aparecieron en los zapoteros y nuevos racimos de pijuayos se mecieron en los cogollos de las palmeras esbeltas. Las hojarascas de unil ocres diferentes que alfombra la selva, se renovo muchas veces dispersada por el viento y calcinada por el sol. Y la infidente luz quieta y fría de la luna, alumbró la escena por más de veinte años; hasta que un día, en ese mismo claro del bosque, en otra mañana como aquella, empezó a removerse, lentamente, blandamente, la tierra, y por entre un enjambre de raíces y de negro barro, apareció cauta, socarrona y grotescamente cómica, la cabeza del motelo cuajada de canas.

EL MUERTECITO

Algunas costumbres típicas de los pueblos de la selva amazónica muestran raras particularidades que provocan el asombro y la curiosidad de los foráneos; sea porque revelan su increíble ingenuidad, o, porque muchas de ellas, delatan claramente la idiosincracia de sus moradores.

Así, en Lamas, próspera y bella población del departamento de San Martín, cada habitante guarda en el "terrado" de su hogar, o bajo la cama, su propio ataúd celosamente fabricado a su medida, como un artefacto familiar de inminente utilidad. Cuantas veces, más de un forastero, amigo del huésped, tuvo que ser enterrado en el ataúd del dueño de casa, cuando la muerte le sorprendiera de paso por la ciudad.

Como esta peregrina costumbre fúnebre, muchas supersticiones han hecho de los moradores de la selva, verdaderos cultores del fetichismo y de la superchería, observando prácticas heredadas -sin lugar a dudas-, de la ignorancia del nativo y que dan pábulo al ancestral miedoso espíritu del selvícola. En toda la vasta extensión de la Amazonía, se mantienen hábitos que reflejan su alma primitiva, destruyendo muchas veces, todo sentimiento humano y ofreciendo muestras de estoico conformismo, semejantes a los que se observan en las razas asiáticas.

"¡Pobre de la gallina que se le ocurriese cantar como el gallo! Signo evidente de malos augurios, le condenará a ser sacrificada inmediatamente para ahuyentar el maleficio". Y si el mochuelo llegase a alojarse en las vigas de la casa donde esperasen el alumbramiento de una mujer en cinta, indicará, según la abusión, que la infeliz mujer ha traicionado a su cónyuge.

El relato que a continuación transcribo, es prueba evidente de estas costumbres semibárbaras, y, en las que es difícil adivinar las causas por las que persisten en conservar tan curiosas como malsanas modalidades, las que, gracias a la civilización que va infiltrándose a cuenta gotas, ha llegado a desterrarlas de no pocos lugares, sobre todo donde el tráfico constante de los forasteros ha ido modelando la barbarie indígena.

Llegamos a Cumaría, floreciente caserío del Alto Ucayali, en donde pasaríamos los meses de calor, en anual huída del insoportable verano de Iquitos. El clima del Alto Ucayali, es benigno y su altura sobre el nivel del mar, con respecto al Bajo Ucayali y al Amazonas, hace soportables los ardientes calores de los meses cálidos de setiembre y octubre.

Cada verano, pues, solía mi familia llevarnos al Huallaga hasta Yurimaguas, o al Ucayali, a pesar de estos meses de excesivo clima tropical, como una tregua a nuestras incipientes labores escolares. Además, debido a la desarrollada ganadería en estas zonas, se nos sometía, como un plan de calcificación, a la dieta de leche fresca, abundante y muy barata.

La hermosa altura que domina el río Ucayali, presentaba su barranco de rojiza greda, bordeada de exuberante vegetación, y Cumaría, el pueblecito que se asentaba sobre su loma, mostraba desde la distancia, su típica fisonomía de bello y agradable paraje. El sol estaba por ocultarse, cuando la embarcación que nos traía, haciendo hábil maniobra de atraque en la "Muyuna" del puerto, se acodero en tierra con toda suavidad.

Un abigarrado conjunto de pobladores esperaba a la lancha en la alta orilla, matizando el fondo verde con las notas coloridas de los trajes de las mujeres y las blancas camisas de los varones. El Alcalde, el funcionario de correos, el Gobernador y todo lo mas conspicuo y visible del pueblo, se hicieron presentes para saludar al comandante de la lancha "Estefita", mi padre quien surcaría hasta los ríos Tambo y Urubamba al día siguiente, prosiguiendo su viaje de itinerario.

Esa tarde de nuestra llegada, desembarcamos, pues la lanchita partiría muy de madrugada, ya que la casa en Cumaría, estaba esperando a los connotados viajeros. Comenzó en ese mismo momento el acarreo de los catres y colchones, las bolsas enjebadas y los mosquiteros. Luego, las "malas", enormes baules de cuero, los boltijos, las bandejas repletas de enseres de cocina y un sinnúmero de cajas conteniendo gaseosas

y víveres. La tripulación de la "Estefita", inició así una romería en fila india, que, trepando el escarpado barranco del puerto, se dirigían como "curuhuinses" hacia la amplia casa de palma y cañabrava, que el señor Alcalde había puesto a nuestra disposición.

Felices de pisar tierra firme, alegres y vivarachos -la gente menuda-, nos pusimos en marcha siguiendo a los cargueros, reparando alborozados en todo lo que veíamos y haciendo comentarios de los días felices que pasaríamos durante las vacaciones. Rápidamente hicimos amigos y en contacto con la chiquillería del lugar, empezamos nuestros juegos en atropelladas carreras de "ladrones y celadores", hasta que llegó la hora de la merienda.

Una vez en la casa, mis hermanos mayores, en compañía de sus "cholas" y de los marineros de la lancha, daban los últimos toques al arreglo de la sala y acomodaban las camas de los más chicos. Luego -después de incansable trajín-, que todos los enseres estuvieron dispuestos en sus respectivos lugares, nos sentamos a la mesa para saborear los clásicos "juanes", que previamente habían preparado en la lancha, lo que evita aderezar la comida a nuestra inmediata llegada. Mi padre vino a acompañarnos en la cena, ocupando, como siempre, su sitio en la cabecera de la mesa.

No habíamos terminado de comer, y ya los lamparines regaban su lumbre por todos los aposentos de la casa, cuando se presentó en la puerta una mujer, preguntando por mi madre. La humilde joven, traía el recado de la comadre Shavi, para que fuéramos a velar al ahijadito. Mi madre, sorprendida y tierna, se santiguó al oír la noticia y llamando a la mayor de mis hermanas, dijo que en ese momento le encomendaba para que de inmediato se constituyera en la casa de la comadre, que ella, iría al velorio cuando los chicos durmiesen.

De esta manera, y mas bien llevado por la curiosidad, que por sentimiento piadoso, es que me sumé para acompañar a mi hermana, no sin antes recibir la recomendación de que me portase bien. Mis demás hermanos se quedaban por expresa orden de mamá, y tomando un candil a kerosene, me apresuré a seguir a mi hermana. Al pasar por la Plaza del pueblo, hizo comprar un paquete de velas y tomándome de la mano libre empezamos a recorrer la senda precedidos por la muchacha.

El camino era más accidentado, y la lluvia que había caído en la tarde, había dejado charcos por doquier, los que teníamos que sortear a cada paso. Mas de una vez estuvimos a punto de tropezar con el ganado, que apaciblemente rumiaba descansando sobre la húmeda yerba de la senda. Las luciernagas fugaces, como saetas de luz azul, cruzaban en la oscuridad, y, a la distancia, se dejaba escuchar el intermitente graznido del "urcututo".

Un fuerte resplandor en la puerta de una de las chozas, nos advirtió la cercanía de la casa mortuoria. En efecto, esa era la casa de la comadre Shavi. Las sombras de la gente que entraba y salía por el hueco de la puerta iluminada, delataba a las claras el lugar del velorio. Al acercarnos, nadie conocido notó nuestra presencia, tal era el ir y venir de las preocupadas gentes, portando unas, enormes bandejas repletas de yuca y plátanos asados; otras, conducían, fatigosamente, grandes tinajas de chicha y de "masato", en un ritmo acelerado que denunciaba su inquietud en los preparativos de la "velación".

Al llegar a la puerta, desapareció la joven, y mi hermana, en el umbral, se santiguó al contemplar el cuadro, mientras yo, medroso, agueitaba detrás de su amplia falda negra, todo el movimiento, de los seres vivos, ante la quietud del amarillento muertecito. En medio de la emponada sala de la modesta choza, sobre una mesa, descansaba la blanca caja mortuoria, con sus colgajos también blancos, sus coronas de hojas -sin una flor que las adornase-, y un bullicioso coro de chiquillos que correteaban o danzaban cogidos de la mano al rededor del catafalco, despidiendo así al amiguito. Luego, me separé de mi hermana y fui poco a poco acercándome a la mesa, y, empinandome todo lo que más pude, observé al muertecito entre sus cuatro velas que yacía pálido, ojeroso. Buen rato estuve mirándolo fijamente, hasta que sentí miedo. De pronto, y con un sobresalto incontenible de pavor, advertí, que el muertecito abría un ojo. Quedé inmovilizado; luego, dando temblorosos pasos de espaldas, regresé aterrorizado a la puerta, donde mi hermana permanecía en actitud de recogimiento y orando con toda seguridad.

Sin despegar la mirada de la criatura yacente, fui retrocediendo hasta llegar donde ella, y, helado por el miedo tremendo que se apoderó de todas mis fibras, me prendí de su falda, como quien busca refugio. Al notarme, tal era su atención en la criatura, me sacudió para que estuviera quieto. Pero, no pude resistir la ansiedad de contarle lo que había visto, y levantando la cara, le dije:

-Viejita, ¡el "muertito" abre un ojo!

—Cállate loco, -me respondió incómoda mi hermana. Y, propinándome un fuerte torqueto en la oreja, me acerco a su regazo.

Pero, pasado el momento de estupor, volví a hablarle al oído:

—Viejita, -insistí temblando sin apartar la mirada del catafalco,- ¡Fíjate bien y verás como abre su ojo el muertito!

Entonces, mi hermana, acercándose a la mesa, se puso a observar a la criatura a la cual, la lumbre de las velas hacía más amarillo. Después de breve rato, exclamó aterrorizada:

—¡Horror!

Efectivamente, en ese momento, el muertecito abría un ojo muermo, lánguido, y moviendo su vidriosa pupila hacia las velas, volvió a cerrarlo pausadamente. Una ola visible de indignación y de piedad al mismo tiempo, tiñeron sucesivamente de púrpura y estroncio el rostro asustado de mi hermana. Luego, cogiendome fuertemente de la muñeca, me indicó que fuera a buscar a la comadre. Pero, en ese instante, -¡Cielo Santo! - volvió a exclamar mi confundida hermana y retirándose de la mesa, se llevó ambas manos al pecho, al ver que el muertito abriendo un ojo, desató pesadamente una de sus manos entrelazadas, para estirarla hasta una de las velas que empezaba a gotearle la esperma.

Ya no cabía la menor duda. Aquello no era una ilusión óptica. ¡El muerto estaba vivo! . La indignación de mi hermana llegó al máximo y estuvo a punto de estallar, cuando la comadre Shavi, notando recién nuestra presencia, se acerco a nosotros, portando una gallina estremecida de estertores mortales en una mano y enjugandose con el dorso de la otra una gruesa lágrima, para decir:

—Comadrita, cuanto le agradezco el que haya querido acompañarnos al velorio. Mi pobre Puricho, ya nos deja.

—¡Que ha de dejarnos! - replicó turbada mi hermana-. Es una temeridad que adelante el velorio solo, para hacer fiesta; este chico aún no ha muerto.

—Sí comadrita, -respondió la Shavi-, pero ya le falta poco,-añadió sollozando, realmente apenada. Luego añadió: -El boticario le ha desahuciado ayer y el brujo nos ha dicho en la tarde, que no ha de pasar de esta noche.

—Pero, ¿cómo es posible que no hayan esperado su fallecimiento? -replicó nuevamente airada mi hermana-, ¡este angelito esta vivo todavía!

Y, al momento que terminaba la frase, el muertito, sacó nuevamente su mano en enderezo otra vela inclinada sobre su cabeza, y abriendo esta vez, pesadamente los dos párpados, miró débilmente a mi hermana. Indudablemente estaba oyendo el tremendo dialogo y hacía un esfuerzo desmedido para mirar con sus ojos nublados por la extrema debilidad.

La gente, indiferente a la escena, seguía moviendose febrilmente, ocupadas en los preparativos de la "fiesta" del velorio. Los tamalitos humeantes, las humitas calientes, los plátanos asados en su cáscara, las botellas de aguardiente, todo, pasaba a las mesas preparadas con hojas de "Bijao" a manera de mantel.

Mi hermana contempló largo rato a la criatura que a su vez la miraba fijamente. Las lágrimas comenzaron a bajarle por las mejillas y acercándose tierna y piadosamente, acarició al infeliz. Sus ojitos, ahora, se cerraban a intervalos y esbozaba una leve suntuosa de ingenuidad que movía a dolorosa compasión. En este momento el muertecito, haciendo tal vez un último esfuerzo para mover su cuello macilento, fijó su mirada sobre la madre, como quien pide anuencia por lo que va a decir, y, abriendo dificultosamente sus yerros labios reseco, musitó débilmente al colgarle el barbiquejo:

—Madinita, ya me voy a morir- le dijo y moviendo sus pupilas apagadas, añadió balbuciente:

-¿Vendrás pues a mi bailoncito? . . .- Y cerró de nuevo los párpados azules.

Mi hermana prorrumpió en sollozos, y volteándose hacia mí me oprimió la mano. Yo permanecía inmóvil, como petrificado y sentía en mi garganta una pelota que no podía pasar, tal era mi congoja.

La gente, abstraída e indiferente al dolor que sentíamos, seguían entrando y saliendo a la casa mortuoria. Los chicos fueron poco a poco retirándose a dormir y en el momento en que la orquesta hacía irrupción en la sala, -cuatro cholos indolentes, brutalizados por el alcohol, con sus pífanos tamboriles

indígenas; un perro comenzó a ladrar aullando horrenda y téticamente, en la vereda del frente. El urcututu, agorero y fatídico, subrayó el pavoroso drama con su espeluznante chillido.

Un sordo y prolongado trueno anunció la tormenta y cuando empezaba a llover, nos retiramos silenciosamente del velorio, mientras las gentes danzaban delante del muerto que aún no había expirado.

TRES ESTAMPAS LORETANAS

¡Ganar la selva! ... ¡Hacer fortuna de cualquier manera! He aquí el propósito ardiente del loretano "cunda" -del sabido-, "avivato", con alma de rematista.

Para revelarlo en toda la cruda pintura, es necesario relatar minuciosamente su "modus operandi" con el primero del grupo de los tres protagonistas de estas estampas regionales. Nos referimos al tipo audaz, cultivado a medias, -por su instrucción media completa-, aspirante y emprendedor. Pretende hacer fortuna, rápida, violentamente. Sabe muy bien que el suelo loretano está sembrado de riquezas en potencia, y que el oro codiciado se extrae de las cabeceras de los ríos Marañón y Pachitea, entre otros.

Para llevar a cabo su empresa, establece una base cercana a los lavaderos, construyendo una balsa que la surte de mercaderías variadas y un sinnúmero de artículos alimenticios, lo que, bien administrado, constituirá el elemento de trueque con los extractores del rico metal. Bien surtida la tienda flotante, podrá vender entonces, desde un cepillo de dientes, hasta una lancha; desde una caja de fósforos, hasta un pasaje aéreo de ida y vuelta a la Capital, en Faucett, naturalmente. Buena luz en las lámparas, trago abundante y variado; barajas españolas e inglesas y un bien surtido lote de percalas americanas. Es muy importante contar con uno o dos motores de fuera de borda para ponerse en contacto con los lavaderos y poder vigilar constantemente la producción de los "aviados". También, y esto es de suma utilidad, dispondrá de un aparato radio-receptor, que el "Patrón" utilizará para poner en contacto diario con los centros avanzados de cultura y recoger las cotizaciones de la bolsa que hará conocer a la clientela, entre un mambo y un bolero, halagando de esta manera a los visitantes que acuden a la balsa, sobre todo los días sábados, día de semana en el que los "oreros", o lavadores de la arena aurífera, suelen aparecer a efectuar sus transacciones y distraerse.

Desde las primeras horas de la tarde, van llegando los "aviados". Se presentan sudorosos en sus canoas, en grupos de hombres solos o acompañados de sus mujeres. El patrón, en la puerta de la tienda flotante, los recibe siempre cordial y sonriente.

- ¡Hola, hola, don Eleuterio, ¿que tal la zafra de esta semana?

- No mucha, Patrón, haciendo modos y posibles y harto padeciendo le traigo sólo un pomito.

- Pero, eso, no va a cubrir tu deuda.

- Ya lo sé patron, pero, ¿no cree Ud. que podemos arreglarnos con su buena voluntad?

- Sí, don Eleuterio, siempre que te muestres razonable, creo que podemos entrar en un arreglo, -dijo el patron al tiempo que revisaba una libretita que extrajo del bolsillo de la pulcra y almidonada camisa de lino. Luego continuó diciendo:- Tu cuenta es crecida, tienes que pagar Mil cuatrocientos soles, mas o menos, el precio del pomito, y, seguramente querrás algunas cosas para el regreso, ¿no es verdad?

- Sin duda, Patrón, -replicó el humilde "orero", pero, antes, ¿me convidas un traguito, ya? Y luego de beber un vaso de cachaza a medias con su mujercita, el buen hombre extrajo de su faltriquera un paquetito bien envuelto del que salió un frasquito lleno del rubio y brillante polvo de oro. Mas que lo puso sobre el mostrador, lo arrojó delante del patrón, con gesto de amargura.

Este con gran cautela, procedió a destaparlo y en una diminuta balanza de platillos, pesó el dorado contenido, carraspeando a cada movimiento de los adarnes de bronce.

- Has estado muy ocioso esta semana, don Eleuterio, - musitó entre dientes el patrón, solo cien gramos... a tanto el gramo menos las impurezas, arroja todavía un saldo apreciable en tu contra... Bueno, ¿que quiere llevar ahora?

El aturdido "orero", repasó casi con temor una lista de artículos, que daba lastima escu-

charle -por la miseria y la variedad inverosímil de sus necesidades mas apremiantes,- cuando llegó al renglón de las telas, le atajó el patrón diciéndoles:

-Don Eleuterio, este último pedidito, tendrás que dejarlo para la otra semana. Tu cuenta va a subir demasiado, mucho más del saldo anterior, y ya no serán mil cuatrocientos soles los que me tendrás que pagar para ese entonces, sino mucho más de dos mil soles. ¿Te das cuenta viejito, ¡Mas de dos mil soles!..

El hombre miró a su mujer; algo le dijo al oído; y desatando esta el rojo pañolón que tenía atado al refajo de la falda, lo puso sobre el mostrador con temeroso gesto. En la tienda reinaba el silencio entre los concurrentes, clientes sabatinos y bebedores que fueron llegando mientras el patrón atendía al atribulado Eleuterio. Hacía mucho calor y en la tarde que empezaba a oscurecer, presagiaba lluvia.

-De manera que había un "tapadito" -exclamó el patrón impaciente. Quería terminar aquello y, tomando el puñado de oro del pañolón, se volvió a la concurrencia con jovialidad:

-Señores, tomemos un trago. ¡Calixto! , prende la petromáx y baja una botella de buen aguardiente. Luego, dirigiéndose nuevamente al "orero" le ordenó: -Dejemos esto para más tarde, mientras tanto, bebamos, hijo, bebamos.

Y, tomando su vaso con la mano derecha y llevando la zurda a la espalda, brindó ceremonioso con la concurrencia: -¡Salud, salud! Y, todos bebieron de un sorbo el trago invitado por el patrón.

La noche había oscurecido las afueras, y mientras don Eleuterio y susconsorte hacían cuitas en un rincón de la tienda, un rayo iluminó la negrura con un torrente de luz, al mismo tiempo que los parroquianos musitaban un ¡ ¡ Jesús, María y José! ! al desatarse el estruendo del relámpago... La lluvia duró toda la noche.

Aquí termina el primer acto de la comedia loreтана. Un drama de Loreto, queda esbozado en esta primera estampa.

El protagonista del segundo cuadro que vamos a pintar, es de compleción fuerte y mirada tranquila. Más entrado en años que el anterior, de nariz aquilina, es nuestro segundo personaje, musculoso y bizarro. Tiempo atrás había fracasado en tantas tentativas de lucha, como tronquero, agricultor y extractor de gomas a través de la inmensa sábana verde, la selva loreтана. Había llegado a adquirir fama de buen matero y ahora, le seducía el barbasco, ya no como de tantos "aviados" sino como sembrador.

Cuando fuera habilitado de una fuerte casa comercial de Iquitos, a la que -como de costumbre- había sorprendido con apreciable deuda, se quejó de la balanza y de las liquidaciones poco honestas que la casa interesada le hacía, aduciendo que no le pagaban "conforme"; por lo que decidió rescindir el contrato con sus habilitadores. No obstante, la firma, para adelantarle, por un lado, y para rescatar algo de la deuda pendiente, por otro, le adelanto más dinero para que plantara la raíz en grande escala. Al efecto, adquirió tierras en la margen derecha del Huallaga y llevando a la práctica su soñado proyecto de hacerse millonario, se instaló en el flamante fundo con entusiasmo y nuevos bríos.

Comenzó su labor derribando árboles corpulentos, abriendo trochas y quemando extensos bosques. Rozó así, más de cuarenta hectáreas de tierra virgen - itarea de gigantes- con sólo veinte hombres traídos de San Martín, llegando a sembrar miles de estacas de barbasco. Al cabo de dos años de labor infatigable, llegó a columbrar su esfuerzo con el más franco de los éxitos. Su fatiga estaba pintada en el rostro quemado, en el surco de las arrugas y en su extrema flacura; él mismo, había cogido el machete al igual que los peones, con ese empeño que sólo el montaraz sabe desplegar.

Tuvo que esperar aún más de cinco años para cosechar. Era un hombre práctico y sabía que si su producción adolecía por falta del porcentaje de rotenone exigido por el comprador de América, -vendiéndolo antes de su madurez-, su fecunda labor fracasaría. Pero, la espera en la selva, no se hace mirando los campos con los arrobos de la imaginación, sino con el machete en la mano, cultivando, "huactapeando" diariamente la maleza y las yerbas invasoras, los peores enemigos de la agricultura en la región.

El precio del producto había comenzado a subir y era prudente esperar para conseguir el precio "tope", el más alto.

Llegando el momento oportuno, contrato mas personal para la cosecha y empezaron a llenarse los almacenes, previamente construídos por el barbasquero. La peonada trabajaba febrilmente. La primera remesa de ochenta toneladas, había sido vendida en la misma orilla del fundo a mayor precio de lo calculado en Iquitos, deducido el flete. Nunca había soñado que la fortuna le llegase a sonreír de tan halagadora manera. También los primeros lotes de mercadería llegaron por el mismo vapor que compró el producto. Abriría una

tienda bien surtida y los peones del fundo ya no se dispersarían en busca de ellos, debiendo por tanto, permanecer al rededor de los sembríos, comprando al patrón todo lo necesario.

Hasta ese momento, la firma que le adelanto el dinero para su empresa, no había recibido ni la mitad de lo prestado, prefiriendo el barbasquero, vender la mayor parte del producto cosechado a la otra firma competidora de aquella, - "que paga más", según su propia expresión- cuando en realidad, escamoteaba a la primera para abrir una nueva cuenta con la segunda. De esta manera, su deuda se duplicaba y su falta de seriedad, lo llevaba a la bancarrota. Sin embargo, el negocio se desarrollaba -al parecer-, floreciente, ya que sus cálculos le llevaban a imaginar guarismos con más de cinco decimales.

Un bello día se enteró que la peonada, -su propia gente-, le robaba el producto desde los mismos sembríos, aprovechando las noches y en complicidad con el capataz.

Se sintió entonces, impotente para conjurar tan tremenda desgracia y terminó por arrendar sus sembríos, regresando enfermo de tedio y de la malaria a la capital de Loreto. También el precio del barbasco comenzaba a bajar violentamente. Hecho el balance, confronto la triste realidad de su empresa: iquedaba debiendo más de la mitad de los créditos adquiridos, repartidos esta vez entre la firma que lo habilitó primero y la otra, -la competidora-, que compró las primeras remesas! Después de diez años de esforzada labor solo le quedaba la experiencia, el desengaño y la amarga realidad.

-¡No se podía pensar en la agricultura! Y esta vez, el explotado era el patrón, y la peonada estoica, tranquila, vengativa y astuta, se convirtió en el vampiro que le sorbió, lenta, sistemática y arteramente, su ilusión de fortuna, apagando en su atribulado espíritu las últimas briznas de esperanza...

Un buen día, se embarcó en su canoa y bogando indoientemente aguas abajo, desapareció para siempre del escenario que se había fabricado. Y, este es el segundo acto del drama de Loreto consumado con la fuga del primer actor.

La tercera estampa nos muestra al más inocente y candoroso de los regnícolas: al extractor poeta; a aquel que siente el embrujo de la selva y adora todas sus manifestaciones. Pero, como también tiene que trabajar para vivir, se dedica a la extracción perfumada del Palo de Rosa, reciente posibilidad que ha duplicado los esfuerzos del loretano, al extremo de cubrir con creces la cuota mundial del aceite que de él se destila, al punto de producir la baja de su cotización en los mercados de Europa y América del Norte.

El esfuerzo del hombre de la Amazonía para dominar la Naturaleza, es sencillamente formidable, y dudo, que cualquiera que no sea del lugar, pueda desarrollar mejor sus virtudes de tenacidad y paciencia como los que han nacido en este suelo. Salva los obstáculos y penetra en la manigua con decisión verdaderamente heroica, machete en mano y con la mirada avizorando en todos los ángulos de la trocha. Ni el intenso calor, ni las interminables lluvias interrumpen su propósito. Cuando ha encontrado un manchal del palo codiciado, marca el lugar y vuelve el día siguiente para construir su tambo y proceder al corte del precioso madero. Luego, lo parte en trozas de una vara y las va almacenando alrededor del rústico y primitivo albergue, para proseguir en la búsqueda de otro y otro manchal. Cuando calcula que es suficiente la zafra, inicia el retorno hasta la vera del río, de donde lo recogerá la embarcación contratada para su transporte a Iquitos.

No hay idea de los sufrimientos y peligros que sortea el trabajador selvático. Hambre, insomnios, mosquitos, zancudos y sanguijuelas, hormigas de todos los tipos y tamaños, murciélagos voraces, serpientes y toda clase de felinos. A veces, su alimento de todo el día, lo constituye un poco de farinã y una taza de té. Añadido a esto, la tremenda soledad del bosque, pero él sigue impertérrito y tenaz en su empresa.

Nuestro tercer actor, ha llevado consigo un libro y unas cuartillas de papel. Lee por las noches, a la luz de su lamparín y, en las noches claras de luna, se sienta beatíficamente a observar las sombras y escuchar las voces de la selva, que, en todos los diapasones pueblan las negras y húmedas oquedades del bosque. A veces escribe un poema y trata de interpretar con signos musicales el canto de las aves nocturnas o el chillido de algún mono atrapado por la "chushupe", que como todas las víboras cogen sus presas en la noche. Su vida y su trabajo en pleno bosque son de lo más primitivo que imaginarse pueda, -tal vez el hombre de las cavernas, habría sufrido menos que el selvícola del Amazonas.

Llegado el momento de embarcarse en la lancha que conducirá su preciosa carga, se siente más seguro y acomodándose en la hamaca recorre, -in mente-, todos los peligros pasados hasta que el sueño lo adormece, mientras la lanchita se desliza roncando sobre las mansas aguas del río.

Largos días de abrazadora temperatura le depara el viaje hasta Iquitos. No obstante las incomodidades, no afectan al viajero. Parco en sus expresiones, sólo habla cuando le hacen una pregunta.

Se siente satisfecho, a pesar de que no es una fortuna la que conduce.

Cuando llega al puerto, se entera de que el producto ha sufrido una fuerte baja en las cotizaciones, —el palo de rosa estaba por los suelos—, pero no se inquieta por eso. Realiza su venta y se retira tranquilamente al hogar. Le esperan su madre y sus tiernas hermanitas. Para todos porta golosinas y regalos. Su semblante no acusa mayor desgaste físico, sonriente y con aire jovial, cuenta a sus familiares los episodios más saltantes de esos tres meses de ausencia.

—Esa tarde, —relata—, fuimos a bañarnos al río. El trabajo había sido muy pesado, estuvimos transportando las trozas hasta el canto y estábamos embarrados hasta la corona. Nos acomodamos en las canoas y comenzábamos a jabonarnos para luego tomar el baño. Otros, en la orilla, usaban sus pates entre risas y juegos. De pronto uno de los que ya se había jabonado completamente se tiró al agua desde la popa de una de las canoas. No rebalsó al instante, y, ya demoraba más de la cuenta su aparición, cuando una ola de sangre surgió a la superficie del agua en el mismo lugar por donde el bañista se sumergiera.

Paramos todos la oreja, algo había sucedido, e incorporándose uno de los más viejos peones, sentenció estoicamente: —¡Ya vuelta el lagarto se lo ha comido a Chufandama! Fué todo el comentario, prosiguió, —y el resto siguió bañándose con la misma tranquilidad con que hubiesen advertido el vuelo indolente de una garza.

Un rayo trémulo de sol, se posó sobre el río como una blanca mariposa, y las ondas reflejaron la muerte del día.

LA SACHERIA DEL AYA HUASCA

Los "sacheros" o brujos de la selva, aseguran que bebiendo la infusión de una soga de cierto árbol que resulta mitológico, —porque en determinadas circunstancias se transforma en mujer—, el Aya Huasca, se llega a desentrañar el destino de los hombres y, hasta se logra conocer el porvenir, como también cambiar la suerte que nos tiene deparada la Providencia.

Cuentan las gentes sencillas de mi tierra, —la montaña milenaria y supersticiosa—, que la sachería del "ayahuasca", es una realidad patente, y, que, los sacheros, son capaces de alejar al demonio o "sapishico" del alma de un poseso o de endemoniar al más candoroso y beatífico mortal.

Es, tal vez, por ese poder que posee y por el peso de esta misma responsabilidad, que el brujo, anda siempre retobado y torvo escurridizo y meditabundo paseando su misteriosa humanidad por las afueras del villorio, siempre solo, en las horas en que el crepúsculo vespertino, envuelve en sombras el bosque y el agua.

Cuando habla, pareciera que fuese recogiendo el dictado sutil de un hado cruel que le estuviese atenaceando las sienes palpitantes. Ni un rictus, ni un gesto, ante tal o cual pregunta: Fijos los ojos, como los del ofidio, ante el turbado semblante de su interlocutor; sus respuestas se desgranaban en los labios yermos del brujo, con monosílabos graves, pausados, cortantes...

—¿Ella me ha de querer? ... —inquire el joven anhelante al Ayahuasquero.

—Te ha de querer, —responde el brujo.

—¿Conseguiré la canoa para huír?

—Has de conseguir.

—Y, ¿entonces podré pescar a la Vacamarina?

—La pescarás ... y sin apartarse de este lenguaje sobrio y típico de los selváticos, — como una modalidad oriental—, prosigue dando sus respuestas, calmadamente, sin apresuramientos, y, como si un raro aroma de perfumes que nadie más que él percibe, le fueran portando las palabras que pronuncia.

Así, quien desea saber su destino, acude al sachero para que le convide la dosis necesaria para su espíritu, que nadie más que él conoce y adivina a través de las preguntas que va formulando. Para esto, hay que llegar al tambo, lejos del poblado, al borde mismo del monte bravo, y, donde, en "mochahuas" y vasijas de variadas formas y dibujos, guarda el líquido extraído de la soga del Ayahuasca.

Dicen, que el que bebe la droga que el brujo administra en pequeños "patecitos" de "huingo", siente todos los efectos de un estupefaciente, como los de la "marihuana" azteca, manifestándose la reacción, en su momento inicial, con una inusitada locuacidad, —estado eufórico que le torna grandemente movedizo—, cediendo luego a los efectos del opio, pues, terminada la acción de crisis de la droga, de esa desorbitada inquietud, pasa a un sueño depresivo, —poblado de alucinaciones—, estado letárgico, que, a veces, suele prolongarse por muchas horas de sueño ininterrumpido.

La frenética alegría que produce el ayahuasca, las contorsiones hiperestéticas, los increíbles saltos como de simio, las vertiginosas danzas exóticas que ejecuta incansable, son verdaderamente fantásticas. Y, es precisamente en este estado de "trance eutrapélico", que, —cuentan—, contempla su destino como en un ecran, expresando entropos incoherentes, todo lo que la droga le hace ver, desentrañando lo que ansiaba saber. En el relato que hace, se adivina, por las variadas muecas con que lo matiza, la ensoñación mezclada con la angustia, gestos y risas que se van sucediendo, como en una cinta cinematográfica todas las visiones alucinantes de su futuro: amores logrados, negocios brillantes o anhelos imposibles, que va expresando

en atormentada súplica, a raros, o en desesperados imprecaciones intercaladas con notas de alguna canción que luego de hacerse persistente y monótona, se transforma en un quejido angustioso, hasta que llega al éxtasis o karma. Es en este estado que el árbol del ayahuasca, transfigurado en una anciana llena de sabiduría, que se le acerca para acariciarle, prodigándole los consejos que precisará para el logro de sus deseos.

Algunos curiosos relatan haber visto a estos ayahuasqueros en trance, tirarse al suelo, como quien va a zambullirse en el río, revolcarse en convulsiones lanzando gritos histéricos y carcajadas escalofriantes, que hicieron que a estos curiosos, que atisbaban la escena, se les erizase la piel. En tanto que el sachero, sentado en un rincón de la cabaña, masticaba unas raras hojas que extraía de sus mocahuas, grave, indiferente y parsimonioso, como un dios de barro que sólo tuviera vida en los ojos.

Así, en esa actitud hierática, encontró al brujo, Marcial Murayari, fornido mocetón de veinte años que vivía locamente enamorado —precisamente—, de la mujer del ayahuasquero, el brujo Evaristo, allí presente.

Marcial, había asediado a esta linda criatura de belleza sin par, morena exótica que tenía los sesos sorbidos a más de un galán, los mismos que no habían logrado ganar su corazón, pese a los reiterados y audaces requerimientos.

La linda indiecita, ejemplar de extraordinarias formas, siempre contestaba, entre asustada y coqueta, que era imposible engañar a su marido, —“porque él era sachero, lo sabría al instante”. Y, repetía, una y otra vez: —No'ei de ser de tí Marcial, no me sigas; Evaristo lo va a saber...

En efecto, por casualidad o por una rara coincidencia, el sachero lo adivinaba todo, por lo que la mujercita vivía en constante sobresalto del asedio, a la vez que halagada por el porte y la hermosura poco común del galán. Su marido había adquirido fama de vidente y adivino en el caserío y también, en todo el “estirón” de esa parte del río Ucayali. Y, si algo se le escapaba a la poderosa facultad de que estaba dotado, ello no llegó a influir en desprestigio de su profesión ni en el descrédito del mago, por lo que la tierna criatura que con él compartía sus caricias, pasaba su existencia en ascuas, asustada y medrosa de los requiebros de la juventud del lugar, ansiosa de ganar sus favores.

Pero no siempre — las mujeres bonitas dejan de ser la yesca para el pedernal de un guapo ejemplar de varón como Marcial Murayari quien había jurado hacerla suya. Una noche de tormenta, cuando los rayos jugaban sus saetas luminosas en el embetunado cielo de la selva, y aprovechando la ausencia del brujo, la bella indiecita y Marcial, se confundieron en un estremecido abrazo de pasión y de lujuria, mientras afuera, la lluvia caía a torrentes. Al cabo cediendo a los impulsos del amor, se había dado la hembra toda entera al afortunado galán desafiando el poder y las artes de su marido, el sachero.

Transcurrió mucho tiempo desde aquella noche, sucediéndose las citas de la enamorada pareja con demasiada frecuencia y desembozada impudicia, al extremo que ya dejaban traslucir su secreto a las gentes del lugar que, sospechando los amoríos de Marcial, comenzaron a hacerse lenguas entre los vecinos, sin que, por esto, que era un clamor, el ayahuasquero pareciera advertido

Fue, justamente por esto, por el temor que sintiera Marcial Murayari, que se dirigió a la cabaña del brujo para constatar lo increíble, —si Evaristo sospechaba algo—. Y, efectivamente—, oh! ironía del destino—, el sachero relató con lujo de detalles, ante la estupefacción de Murayari todo lo que los pobladores repetían, pero él, Evaristo, jamás pudo adivinar que Marcial Murayari, era el amante de su propia mujer, la linda indiecita del caserío ucayalino.

P. RICARDO ALVAREZ DELGADO

Sacerdote dominico nacido en España, este religioso ostenta el mérito innegable de haber escrito el primer Catecismo en lengua aborigen, mientras evangelizaba en la Amazonía.

De su libro "Los Piros", hemos extraído las cuatro leyendas que incluimos en esta selección. Todas las tradiciones publicadas en dicho volumen fueron narradas al autor por los indios Piros que dominaban las márgenes del Bajo Urubamba, y que el P. Alvarez catequizó, cuando estuvo en la Misión del Sepahua, a donde fuera destinado en 1952, luego de su arribo al Perú.

Por su gran valor etnológico, estos relatos constituyen un aporte de extraordinaria magnitud para la cultura peruana.

LOS PIROS

EL ORIGEN DIVINO DEL PONGO DE MAINIQUE

Tsla fué un pajarito muy pequeño que tuvo su origen en los montes del río Manú. Su madre se llamo Yakonero. Tuvo dos hermanos llamados Muichkajite, menores que él pero que crecieron normalmente como personas, mientras Tsla se crió pequeño y débil como un pajarito.

Yakonero atendía a sus tres hijos con el mayor cariño de una madre buscándoles la comida y defendiéndolos de los enemigos. Con frecuencia los sacaba de paseo por la selva y por los ríos con el fin de que conocieran a sus paisanos los piros y se hicieran amigos de ellos, pues necesitaban de la ayuda de otros compañeros para poder vivir en el Manú, en donde estaban rodeados de enemigos que les perseguían a muerte.

Un día Yakonero fué a la chacra a sacar yuca para hacer el masato con que a diario convidaba a sus hijos. Acostumbraba a sacar la yuca cantando una canción a la cual contestaba un pajarito, desde un arbusto de la chacra. Durante la conversación entre Yakonero y el pajarito otra ave negra y de mal agüero voló al lado de Yakonero graznando con voz ronca. Yakonero se asustó, porque era un ave hija del tigre que vuela por la selva buscando la comida para su padre. Cuando este pájaro halla a una persona o a un animal, grazna de una manera especial que al ser oída por el tigre corre éste a devorar la presa.

En efecto. Al instante vió Yakonero delante y detras de sí, no un tigre, sino una manada de tigres de distintos colores, negros, pintados y rojos, desde los pequeños como el gato hasta los más grandes como el toro y en número más de cien. Yakonero al verse perdida dió un grito de auxilio a sus hijos, pero en vano; estaba lejos de ellos y no pudo ser oída. Los tigres se echaron sobre ella y en un momento la devoraron.

El pajarito que cantaba con Yakonero presenció la escena y voló al instante para avisar a los hijos de lo sucedido a su madre.

Tsla y sus dos hermanos lloraron la muerte de su madre durante varios días. Ya no tendrían quien los alimentase y los cuidase porque el mayor de ellos, Tsla, a quien correspondía tomar la dirección de la familia, era muy pequeño y débil. No obstante Tsla no tuvo otro remedio que hacer un esfuerzo para continuar la obra de su madre. Tsla logró por sí solo hacerse gente. De este modo pudo ayudar a sus hermanos, darles comida y defenderlos. Sin embargo nunca más quisieron ir a pasear a los caseríos de los piros por la gran tristeza que les causó la muerte de su madre. Vivían solos dentro del monte. Y este fué el motivo por qué los piros los creyeron muertos y no se preocuparon de buscarlos.

Sin embargo no estaban muertos y en esos tiempos, más que nunca, necesitaban de la ayuda de sus paisanos porque la gente del Manú los perseguía. Pero al verse solos y perseguidos decidieron irse lejos, huídos a otras tierras en donde no fueran perseguidos. Con estas miras cargaron sobre sus espaldas, las flechas y la cama y emprendieron el viaje a través de la selva. Subían y bajaban cerros, atravesaban quebradas y ríos, sufriendo hambre, cansancio, sustos y otras calamidades . . . Después de cuatro lunas llegaron al río Urubamba, en un lugar que se llama el Pongo de Mainique. Aquí se creyeron lejos de otras tribus, solos en la región y dueños de los terrenos.

Ese lugar les gustó. Inmediatamente idearon la formación de dos ciudades, una a cada lado del río, en lo alto de los cerros, con miras a que después de terminadas se reunieran allí todos los piros del Urubamba y del Manú.

En primer lugar rozaron el monte y tumbaron los árboles. Con tan buena mano lo hicieron que desde entonces no crecieron allí arboles sino arbustos y pasto. Después rodearon el terreno señalado para las ciudades con unas murallas hechas de piedras arrancadas de los cerros. Empedraron calles en todas las direcciones, hicieron jardines con flores variadas y plantaciones de naranjos, caimitos y mangos, a lo largo de las calles. Criaban palomas, loros y guacamayos. Tsla tenía una lora con su pichón.

Una vez que terminaron la demarcación y el embellecimiento de las ciudades se pusieron a edificar las casas. El primer edificio sería el de los tres hermanos. Lo harían de piedras pegadas con barro. Los hermanos Muichkajite eran los constructores. Tsla era el encargado de subir el agua del Urubamba para amasar el barro.

Comenzaron la obra con mucho ánimo y entusiasmo. Pusieron los horcones o columnas, de troncos duros e incorruptibles, en número de ocho y pasaron a amasar el barro para juntar las piedras. Tsla no paraba de subir agua, tan pequeño como era, desde el río a lo más alto del cerro. Llegaba la noche y Tsla caía rendido en su hamaca. Al día siguiente, cuando despuntaba el alba, ya estaba Tsla camino del río con la olla para subir el agua. Resultaba mucho aquel trabajo para él. Un día se quejó a sus hermanos de que no tenía fuerzas para ese trabajo. Ellos le animaron pero no le dejaban descansar ni un instante.

Por fin llegó la hora en que Tsla se aburría y pensó en marcharse abandonando la obra y a sus hermanos. Río arriba no pudo ir porque no podía manejar solo la canoa. Decidió ir río abajo. Pero se le ocurrió que mejor que llevar una canoa sería preferible bajar caminando. Trató de secar el río Urubamba, juntando los cerros que dan paso al río en el lugar que se denomina el Pongo de Mainique. Pues bien, en los ratos en que sus hermanos no le veían sacaba piedras del río y las colocaba a uno y otro lado de los cerros para unirlos. Sin embargo este trabajo era por demás pesado e improbable para Tsla, pues no podría conseguir su propósito en muchos años. Por lo cual lo dejó comenzado, pero sin terminar. Restos de esta obra de Tsla son la proximidad de estos dos cerros, a los cuales él quiso unir, y el que hoy el agua del Urubamba se encajone entre ellos dando lugar al Pongo.

Con todos estos fracasos Tsla tuvo pensamientos de suicidio. Cuando bajaba a buscar agua al río, quiso echarse al agua para morir ahogado, quiso despeñarse desde una roca, pero siempre le pareció una muerte indigna de sí. Prefirió que le tragara algún animal. Llamó al tigre, y el tigre no vino; llamó al oso, y tampoco vino. Llamó al saltón, pescado de grandes dimensiones, y al instante respondió el saltón con un enorme coletazo en el agua que resonó hasta lo más alto del cerro. Viene el saltón dejando una estela en la superficie del agua en dirección a Tsla. Tsla, se mete en la orilla del río. El saltón lo tragó de un solo golpe.

La lora que Tsla criaba y que le seguía en las bajadas y subidas del río, presencié lo ocurrido a su querido dueño y gritó: "El saltón se llevó a Tsla, el saltón se llevó a Tsla". Los hermanos que oyeron los gritos, dejaron el trabajo y bajaron al río con una lanza de arpón para picar al saltón. Llamaron a Tsla diciendo: "Tsla, en donde estás?" Tsla contestó: "Estoy aquí" Estaba en medio del río. Los hermanos hicieron un dique que abarcaba todo el ancho del río para que Tsla no se escapara. Después preguntaron: "Tsla, en dónde estás?" "Aquí estoy", contestó. Había pasado el dique, estaba más abajo. Hicieron otro dique y les ocurrió lo mismo: el saltón pasaba más abajo. Construyeron otros tres diques más en distintas partes del río, pero siempre contestaba fuera del dique río abajo. Habían bajado varios kilómetros sin que pudieran darle alcance.

Los hermanos hicieron una pequeña balsa y se echaron a la navegación a todo remar para pasarle y dejarle atrás, pues mientras el saltón caminaba les daría tiempo a pedir auxilio a un cuñado de ellos que vivía en el Mishahua. Con la ayuda del cuñado construyeron un nuevo dique, que sería el último, debajo de la desembocadura de este río en el Urubamba. Prepararon varios arpones. Se colocaron los tres, en sendas canoas, en los puntos más estratégicos del rebalse y llamaron a Tsla: "Tsla, en donde estás?" Tsla contestó desde el vientre del saltón: "Aquí estoy". Había quedado preso dentro del dique. Navegaron de un lado para otro los hermanos y el cuñado en la represa, picando aquí y allí hasta que uno de los hermanos Muichkajite clavó el arpón en la cola del saltón, tiró de la cuerda poco a poco y sacó al animal. Le abrieron el vientre, y salió Tsla, casi muerto por asfixia, y sin habla. Le lavaron y le sobaron con yerbas del monte para hacerle volver en sí, y le vistieron una cushma. Los hermanos le dijeron: "¿Porqué has hecho esto?" El contestó: "Porque todos los días me mandabais subir agua" Ellos le dijeron: "Eso era cosa de poca importancia que podía haberse arreglado de otro modo".

Después de esto, por los malos recuerdos que tenían del Pongo, decidieron quedarse a vivir en el Mishahua en compañía de su cuñado. Pero también quisieron subir al Pongo para dejar la plata en la ciudad que estaban construyendo. Subieron, pues, al Pongo los tres hermanos, y el cuñado se quedó en el Mishahua a prepararles albergue. El cofre con los tesoros de oro y de plata lo escondieron dentro de una roca, en el cerro más alto, que estaba comprendida en el cerco de la ciudad en construcción, pero la roca está en un lugar a donde nadie puede subir, ni podrá, solamente pudo subir Tsla porque era pajarito y volaba. Actualmente, dicen los piros, está ahí el cofre, pero nadie podrá cogerlo.

Regresaron, pues, al Mishahua a vivir, dejando las ciudades del Pongo sin terminar.

En el Mishahua intentaron hacer lo mismo que en el Pongo, o sea, cerrar el Urubamba. Trabajaron en ello una semana. Mas un día, mientras el trabajo, cantó el ave llamada "maknaulo", pájaro del mal agüero, con quejidos semejantes a los de una persona. Tsla dijo a sus hermanos y al cuñado: "Vamonos de aquí porque cuando canta algún pájaro es señal de que alguno va a morir". Cogieron las bolsas con la cama y los demás bártulos y navegaron río abajo los cuatro. Se fueron lejos, nadie sabe donde. Nunca jamás regresaron.

EL VIAJE DE LOS PIROS AL PARAISO

En cierta ocasión murió un anciano piro y dejaba un hijo llamado Benito, el cual era brujo de gran prestigio, con dos mujeres, una de las cuales hacía de esposa de Benito y la otra era la sirvienta de la casa pues era anciana y había sido la acompañante del mismo Benito cuando éste se iniciaba en el arte de la brujería, por cuya razón no podía ser esposa suya en ningún tiempo según está prescrito en el código que deben observar los brujos o kahonchis. Entre Benito y las dos mujeres cavaron en el centro de su casa una sepultura y enterraron al anciano. Le pusieron al lado las flechas, ropas, ollas con chapo y con masato, sembraron cerca de la casa yuca, plátano, caña dulce, camote y otras plantas para que cuando el difunto saliera de la sepultura tuviera comida a la mano o las flechas para cazar o pescar, y no les molestara a ellos al verse necesitado. Después se fueron a vivir lejos del difunto.

En las noches nadie se atrevía a pasar por aquel lugar porque el difunto salía de la sepultura y andaba quejándose por el aire. Tal vez estaría necesitado de alguna cosa no prevista por su hijo. Las gentes estaban alarmadas y hubieron de abandonar sus chacras y casas para ir a vivir a otro río. Pero su hijo Benito, que era Kahonchi, o intermediario entre la otra vida y la vida de la tierra, quiso averiguar lo que a su padre le ocurría. Salió de su caserío Benito, y las dos mujeres con él, al amanecer de un día de verano. Llegaron al panteón al medio día. Las mujeres comenzaron a hacer chapo y masato para convidar al difunto. Benito tomó una ración de ayahuasca para invocar al espíritu de la brujería. Al oscurecer se oyen los primeros ruidos de ultratumba, son ruidos desagradables al oído. Suenan "uh, uh, uh," ¡Las mujeres se asustan y se cogen a la cushma de Benito. Este quiere ir al lugar de los ruidos, pero las mujeres se lo impiden, diciéndole: "No te vayas". El les dice: "Voy a ver que quiere y qué dice". Y se fué.

El difunto salió de la sepultura y se sentó en una canoa vieja que había en la casa. Estaba cubierto con el sombrero desde la cabeza a los pies. Benito le pregunta: "¿Quién eres tú?". Entonces el viejo se quitó el sombrero y saludó a su hijo, diciéndole: "¿Has venido, hijo? Yo estoy vivo, mi cuerpo ya no me duele". Benito al ver a su padre y al oír sus palabras comenzó a llorar de pena y de alegría. Su padre le dice: "Conmigo está también tu cuñado difunto, somos felices en la otra vida y no nos interesa para nada la vida de la tierra, y más felices seríamos si todos nuestros paisanos estuviéramos juntos en la otra vida". Benito dice a su padre: "Dí a mi cuñado que salga de la tierra". Salió de la sepultura el cuñado y saludó a Benito: "Aquí estoy, cuñado, dijo, todavía estoy sarnoso, mira mi sarna, las costras las dejé dentro de la tierra. Pero con mi sarna soy feliz en la otra vida". Benito se alegró de ver a su padre y a su cuñado, y les dijo que iba a permanecer en aquel lugar durante cinco días para recibir de ellos instrucciones y conocimientos de ultratumba.

Las mujeres estaban observando la escena y oyendo la conversación escondidas detrás de una mata de plátanos, pues era una noche de luna nueva. A pesar del miedo que tenían estaban contentas en quedarse allí cinco días más. Hacían chapo y masato todo el día y en la noche Benito convidaba a los difuntos mientras recibía lecciones.

Al cumplirse los cinco días Benito era ya un Kahonchi perfecto, conocía todos los secretos de esta vida y de la otra. Pero más le satisfacía la felicidad de ultratumba que las miserias de la tierra. Por eso, de acuerdo con su padre y cuñado, organizaron el traslado de todos los piros a la otra vida. Los difuntos irían a su morada para preparar la entrada y el recibimiento a los piros, y Benito iría por los ríos a juntar a sus paisanos para hacer el embarque al otro lado.

Unos seis días fueron suficientes para hacer la citación de los piros en un lugar convenido. Todos los piros aceptaron la propuesta.

Estando reunidos los piros, vino el muerto. Todos le vieron. Las mujeres comienzan a convidar ayahuasca a los presentes, aún a los niños y a las mismas mujeres. Solamente se distribuye ayahuasca, nada de masato ni de chapo. Todos cantan y bailan. Van ya dos días seguidos de borrachera y de cantos y bailes. En la noche del tercer día el difunto les avisa que la día siguiente, al medio día, serán trasladados

todos en cuerpo y alma al cielo. Pero les advierte que las mujeres enfermas del mes son impuras y no podrán subir al cielo en aquel día.

Amanece el tercer día. Los piros cantan y bailan . . . Se fijan en el cielo y ven que éste va bajando poco a poco juntamente con el sol, la luna, y las estrellas. Se asustan del fenómeno, pero no huyen porque saben que será para recogerlos. El cielo baja, baja. En el medio cielo se abre una puerta. Los piros ven a gentes que se asoman a la puerta. De la puerta cuelga una sogá que va descendiendo poco a poco trayendo una enorme bandeja de madera. La bandeja no baja hasta el suelo, sino que se detiene a medio metro sobre la tierra. Entonces el difunto y Benito ordenan que todos se pongan en filas para guardar un cierto orden en la subida. Se ponen en filas, mezclados hombres, mujeres y niños. Comienzan a subirse en la batea hasta que Benito dice que está completa. Benito les hace saber que si alguna mujer enferma sube será suficiente para que la sogá se rompa y nadie entre en el cielo . . . La bandeja sube y entra en el cielo.

Desciende de nuevo la bandeja . . . Entra otro lote y sube al cielo.

Baja por tercera vez la bandeja . . . Se llena . . . subió una mujer enferma del mes. Cuando la bandeja va a entrar en el cielo, se rompió la sogá y la bandeja cayó en la tierra con la gente. Por una mujer no pudo entrar ese lote ni los que esperaban abajo.

La bandeja cayó lejos, en una cocha de la quebrada Poletali y Polerha afluentes del Uru-bamba en la margen izquierda. Esa gente recibió el nombre de "Giyakleshimane". Tienen un solo ojo a un lado de la cara. Viven dentro del monte criando ronsocos y engordándolos para cuando otras gentes vayan proporcionarles caza. Son muchísimos, pero nadie los ve, pues cuando se acerca algún piro a ese lugar comienza a tronar y a relampaguear y huyen asustados. Pero hace unos años los habitantes de un caserío que existió en Kamashri entraron en el monte a cazar y vieron en el Poletali una infinidad de pios montaraces.

Estos piros lo contaron y por ellos lo sabemos hoy.

LA LEYENDA DE HOYAKALI

Un piro salió a cazar lejos, a las cabeceras de una quebrada juntamente con un cuñado suyo. Cuando habían andado varias horas el cuñado, que iba atrás, desapareció y en su reemplazo le seguía hoyakali, que iba bajo la forma del cuñado. El dios se llamaba "Gouariyauaka". Hoyakali habla diciendo: "Cuñado, acércate a mí, voy a hacerte semejante a un dios". El piro se le acercó. El hoyakali escupió en sus propias manos y las llenó de "piripiri" vaciándolas en la boca del piro. El piro cayó al suelo sin poder tragarlo. Al poco tiempo le dice: "Cuñado, párate". Hoyakali de nuevo escupió en sus manos y llenó la boca del piro. Este cayó por segunda vez sin poder tragar el "piripiri". Pero se levantó y el hoyakali le metió otra ración en la boca. Esta vez cayó, se levantó, y de un golpe le entró el "piripiri" en el estómago. El piro ya era semejante al dios.

Van los dos a cazar. El piro con una piedra mató una sachavaca. El hoyakali la cargó sobre sus hombros como si hubiera una paja, y caminaba con ella cantando y jugando. Su fuerza era enorme. El palo o árbol que le estorbara el paso lo apartaba o lo trozaba con los dedos. Hoyakali dice al piro: "¿No has visto pisadas de sachavaca?". El piro le contesta: "No las he visto". El dios le dice: "Mira, pisadas de sachavaca". El piro dice: "No son de sachavaca sino de un ratón de pechuga blanca que camina en las orillas de los ríos". Dios dice: "Sigamos al ratón". Siguieron las huellas del ratón con el perro del hoyakali que era sachavaquero. El perro encontró al ratón y el ratón se metió en el río. Entonces el piro le disparó una flecha en la blanca pechuga y saltó una sachavaca zambulléndose en el agua mientras se desangraba.

El piro regresó a su casa convertido en hoyakali. Tenía poder para transformar las cosas y los animales, lo mismo que su maestro. En la casa no estaba el cuñado que le acompañara al monte. Su cuñado era el hoyakali que había visto y que le había enseñado la ciencia de los dioses. Después de instruirle había volado a la patria u olimpo de los hoyakali, dejando en la tierra su reemplazo, que serviría de enlace entre los piros de esta vida y los de la otra.

LA VEGANZA DE GIMAGIRO

En cierta ocasión un pájaro carpintero se casó con una joven pira. Los recién casados vivían en la casa de la madre del carpintero porque aún no habían fabricado la suya. Tampoco tenían las cosas necesarias para comenzar a vivir independientes. Solamente habían llevado al matrimonio, el hombre la cushma, y la mujer la pampanilla.

La joven señora quiso hacer masato para su esposo, pero no tenía ollas. Se las pidió prestadas a la suegra, pero ésta no quería cedérselas y se disculpaba alegando que unas eran muy viejas y las otras todavía no estaban curadas en el fuego. Con las falanges de los dedos iba probando el sonido de todas las ollas y queriendo convencer a la nuera de que sus ollas no servían para fabricar el masato. Esto era solamente engaño, pues ni las unas eran viejas ni las otras estaban verdes.

Su nuera no notó en los golpes que daba la vieja en las ollas que éstas fueran inservibles, antes por el contrario vió que todas estaban buenas. Y viendo la mala voluntad de la suegra dijo a su esposo: "Vete a robar las ollas a tu madre". El carpintero robó dos ollas a su madre.

Comenzó la pira a fabricar el masato. La suegra se llenó de indignación al ver que le habían robado dos ollas. Quiso voltear el masato, pero a los ruegos de su hijo se serenó por momento.

Cuando estuvo preparado el masato la joven pira salió a invitar algunos amigos para tomarlo. Mientras tanto la vieja llevó las ollas a la chacra y las bebió ella sola. Llegaron los jóvenes esposos y los invitados. Pero no existía tal masato. Lo buscaron por un lado y por otro, sospechando que la vieja la habría escondido, y no lo hallaron.

Al oscurecer se presenta la anciana en la plazoleta de la casa, borracha, gritando e insultando a la nuera y al hijo porque le habían robado las ollas. Traía en sus manos unos gusanos que lanzó a sus caras en las cuales se prendieron para no desprenderse jamás. Los gusanos oradaron las caras de los jóvenes esposos y se introdujeron en sus cuerpos. Siguieron comiendo las carnes hasta aniquilarlos. Antes de una semana los dos habían muerto entre dolores insoportables.

POESIA

VICTOR RAUL HIDALGO MOREY

I

Chacarero del Alba, de invierno y horizonte,
como te duele el sueño en las pestañas,
como vienes el mito abandonado
al soplo mutilado de tu vuelo!
Porqué tanto volver a tu simiente
si hay fuerza de promesa en cada rama?
No saldrás de tu espiga envuelta en hojas
ni verás el crepúsculo del tiempo?

No dejes que se muera la caricia fresca
de la yuca crecida a flor de agua;
ni dejes de arreglar tu viejo tambo,
de afilar tu machete destemplado;
no dejes otra vez a la deriva
tu canoa sin quilla en la tormenta.

Abre de par en par tu mosquitero,
viejo amigo, chacarero hermano,
y sal a recoger el alba pura
con tus manos en alto de esperanza.
Recuerda que eres fronda, sol, latido;
sudor en cada codo venciendo la corriente.

Chacarero del Alba, alguna vez,
no te veré tan sólo de hojarasca
sobre un montón de penas rema y rema.
¡Harina abandonada sin ser de otro costal!

II

Ya llegó lo de ayer
con el mismo recuerdo de tahuampas,
de tallos y de sogas.

Llegó arrastrando el cauce del sollozo,
la palabra de viento terminada
en la misma sorpresa arrepentida.

Llegó para estar juntos, solos
y no marcharse nunca.
¡Como habrán gemido las miradas
en la amnesia del párpado sin sueño!

Como si algún adiós tan bueno
postergara su viaje para siempre.

III

Jaranera, por ahí viene
la guitarra del alba, bambalina,
con su náusea de estrofas y rocío;
cortando el paso doble de la vuelta
en cada sacarita de silencio.

Viene con su Raído salta cocha
buscando la escalera del sonido,
su paso tropezón —garganta rota—
y un olor a retama y concubina.

Mejor, cierra tu puerta, Mariquita,
trae una pena grande
de tres noches
desde aquel condenado bombo-baile.

DANIEL LINARES BAZAN

No había sino lágrimas de ruego
en tus miradas
en esa noche azul de plenilunio.
Tus manos húmedas
con el frío de la pena y el gemido,
en un abrazo hambriento,
juntaron el latido de tu pecho
el dolor de un futuro inesperado . . .

Volveré; te lo juro por la selva,
por ese grito de retorno en las hojas,
por ese sí sin fronda ni espesura,
por tus manos,
por tus alas ¡oh paloma de la tarde! ;
y traeré en mi corazón
el grito de mis noches sin tus besos . . .

5 + 1

Portada de ojos verdes
en que las noches rojas
han dejado el aroma inolvidable de sus voces fecundas,
juntando entre sus manos
los gritos de las frondas
y el rumor de llanto que gimen sus minutos . . .
Entre sus garfios prendias
baji-altas languideces juegan con el viento;
son los velos rasgados
que quedaron sin frente
en la inmacula cara de los recuerdos vagos;
son las quejumbrosas estrellas de partida,
partida en la quimera
guiando el coche azul,
ayer sin un presente,
presente sin futuro.
¡Oh voces de pomos sellados por atrás,
que en la quietud de las horas,
desgarran los umbrales
con su potente mano de angustia y de dolor . . .!

3 + 1

A mi Madre.

En sus manos de silencio
renace una flor:
es un grito de luna cuajado en el cristal
palpitante de una lágrima . . .

En sus pálidas mejillas,
coloreadas de ausencia,
ha dejado el viento su aroma de orquídeas,
su perfume de estancia vacía
y frondas agitadas;
y en sus ojos verde-azul de noche
ha puesto una ventana
la profunda mirada de sus puertas cerradas.

GERMAN LEQUERICA PEREA

Boga, boga . . . boga.

Caravana de río interminable y verde
acodado al balcón de los barrancos.

Boga, cholo

el batelón sin fondo de tu pena callada
en la noche perdida por la lluvia de luna.

¡Pobre ramal , tu sollozo es la pena del
(árbol

desgarrado con látigo rayo.

Pescador de agua dulce,

Mitayero de penas

¿Se ha perdido tu fúlgida niña en el
(verde sin cuento?

No . . . Creo que no.

Siente frío, siente hambre-tahuampero

lliqui-lliqui-se hace tibe

en la garita de los rojos platanales.

Chacarero Loretano,

estás clavado en tu madero

boga y boga.

Ya no podrá volver . . .

El viejo Capirona transplantado

ha esparcido sus raíces en el jardín;

sus hojas cumbres han mirado hacia abajo

y en un beso carne

su Flor-ilusión brotó en la playa.

Ya no podrá alejarse del barranco

La creciente se fué

con su grito burlón de turbonada . . .

pero . . . puede volver y él se queda

a cuidar su Flor-ilusión

que brotó en la playa.

Porque siempre el regreso es inconcluso.

(Hasta en la resaca

hay siempre olvido) . . .

pues, si no es el corazón se deja el alma

aferrado a cada estrada del recuerdo.

DONATIVO
ESTUARDO NÚÑEZ HAGUE



INSTITUTO RIVA-AGÜERO
BIBLIOTECA
26 MAR 2018
BIRANH
2456
ema